

BOLSILIBROS

S

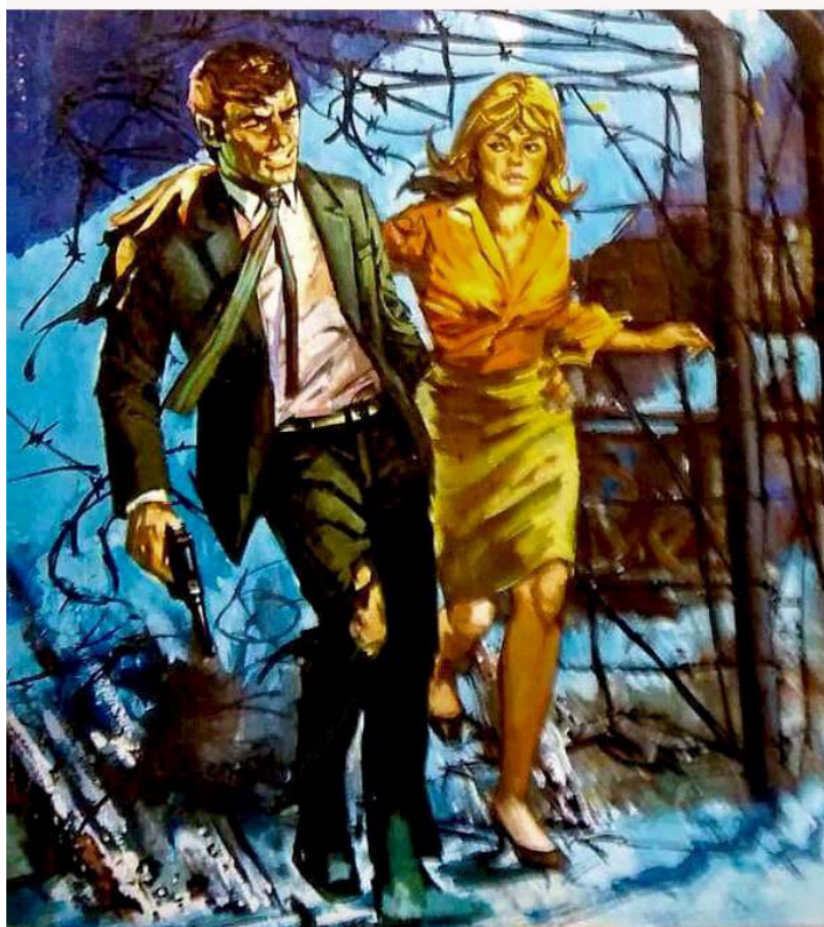
S

SERVICIO SECRETO

requiem por un espía

de

burton hare



Estaba sentado en un elegante bar de Chelsea, contemplando las hermosas piernas de una mujer que bebía algo suave en otra mesa.

Era un hombre al que las mujeres miraban dos veces para asegurarse de que, realmente, sus ojos no las habían engañado.

Alguien dijo una vez que Steve Laflin era un hombre con mayúscula.



Burton Hare

Réquiem por un espía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1142

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *Requiem por un espía*
Burton Hare, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba sentado en un elegante bar de Chelsea, contemplando las hermosas piernas de una mujer que bebía algo suave en otra mesa. Era un hombre al que las mujeres miraban dos veces para asegurarse de que, realmente, sus ojos no las habían engañado.

Alguien dijo una vez que Steve Laflin era un hombre con mayúscula.

Ahora, ese alguien había muerto y Steve seguía siendo un hombre, con mayúscula o no.

Además, comenzaba a aburrirse de su estancia en Londres, donde nunca pasaba nada excitante.

En realidad, algo había en ese hombre que producía escalofríos en la mayoría de la gente, o estremecimientos de placer anticipado en las mujeres que lograban profundizar un poco en él.

Su estatura rozaba el metro noventa. Tenía unos hombros macizos y un cuello recio del mismo color que su rostro cobrizo en el que brillaban unos ojos azules e implacables.

Sólo que todo ello no le servía de mucho en Londres, un lugar demasiado civilizado para individuos de su clase.

Quizá por esa relajación del ambiente no se alarmó cuando los dos desconocidos entraron en el bar, dieron un somero vistazo y se encaminaron hacia su mesa.

Ninguno de los dos era ni pequeño ni delgado, pero al lado de aquella maciza máquina de pelear que era Steve Laflin casi pasaban inadvertidos.

Uno de ellos dijo:

—Usted es Laflin, ¿eh?

Él les miró con sus ojos sin expresión.

—Eso creo —gruñó—. Y ustedes seguro que no son vendedores de seguros.

Acercaron dos sillas y tomaron asiento, colocándose uno a cada lado del gigante.

El que había hablado al principio exclamó:

—¿Seguros? Ninguna compañía de seguros en todo el mundo

correría el riesgo de suscribir una póliza con usted, Laflin.

—¿Quiere decir algo concreto con toda esa palabrería, o no?

—Va a venir con nosotros, amigo.

—Eso me parece muy problemático. Acostumbro seleccionar mis amistades.

—Esta vez no.

Les miró, primero al uno y después al otro. Alargó la mano y tomó el vaso de *whisky*, vaciando el resto de licor que quedaba.

—¿Adónde se supone que voy a ir? —preguntó con calma.

—A cierta oficina. Alguien quiere verle.

—Ese alguien puede verme aquí cada tarde.

—El no se molesta por tipos como usted. Es un hombre importante.

—Yo también lo soy para mí.

—Usted es una especie de basura, Laflin. Pague y vámonos.

Suspiró, casi risueño.

—Lo están estropeando, camaradas. Ese alguien debió advertirles que jamás consiento que nadie me diga qué he de hacer o cuándo.

—Palabrería —masculló el que hasta entonces estuviera silencioso

—. Va a venir, de un modo o de otro.

—No.

Fue una negación tranquila, suave, pero que resonó como un pistoletazo en los oídos de los dos hombres.

Éstos se levantaron.

—Andando —ordenó uno.

—Entiéndalo —remachó el otro—. De un modo o de otro.

Steve echó la silla hacia atrás. Sus ojos chispeaban ahora.

—Después de todo —comentó—, quizá Inglaterra no sea un lugar tan aburrido como empezaba a creer...

Entonces, uno de los desconocidos cometió un error.

Su mano se cerró como una zarpa sobre el brazo de Steve, tirando de él.

Fue como disparar un resorte.

El puño enorme del gigante zumbó de abajo arriba y estalló como una bomba en la cara del hombre.

Fue todo un espectáculo. El desgraciado saltó hacia arriba, manoteando. Voló materialmente hacia atrás y arrasó en su vuelo una mesa, dos sillas, la muchacha cuyas piernas Steve había admirado, y terminó su recorrido contra el mostrador, cuyas

maderas crujieron lastimeramente.

El otro empezaba a salir de su estupor cuando la derecha de Laflin se hundió en su barriga igual que un ariete. El tipo abrió la boca con terrible angustia, se dobló en dos, y así recibió un zurdazo que le envió en vuelo planeado a reunirse con su compañero.

La muchacha de las piernas bonitas estaba sentada en el suelo tan perpleja que ni siquiera atinaba a protestar. Steve se inclinó, la tomó suavemente de la mano y sin esfuerzo aparente la levantó.

—Lo lamento mucho —aseguró—, no pensé que usted estaría en la línea de tiro.

—¡Pero, bueno! ¿Qué demonios significa todo esto? —estalló al fin la mujer.

—No lo sé, palabra.

Se encaminó al mostrador. Los dos fracasados embajadores seguían tumbados en el suelo sin rechistar. El barman tenía una expresión curiosa en la cara, como si acabara de presenciar una aurora boreal o algo así.

Steve dejó un par de libras sobre el mostrador.

—Quédese la vuelta, o invite a estos caballeros cuando regresen de su vuelo al país de los sueños.

Sin esperar respuesta, abandonó el bar y echó a andar por Baiswoder un tanto intrigado. Estaba seguro que ese episodio significaría otros semejantes.

Estaba dispuesto a esperar a que las cosas sucedieran como debían suceder. Sólo que le hubiera gustado saber quién era el caballero que demostraba tanto interés por conocerle personalmente.

* * *

Había alquilado un pequeño apartamento cuando llegó a Londres, apenas un mes antes del episodio con los dos desconocidos.

En el apartamento, naturalmente, había teléfono, aunque Steve no lo había facilitado a nadie en absoluto, quizá porque era poco amigo de trabar amistades triviales.

No obstante, esa noche el teléfono sonó cuando él se disponía a acostarse.

Lo pensó un poco antes de dirigirse al aparato. Al fin, la curiosidad fue demasiado fuerte y lo descolgó.

—¡Hable! —Gruñó.

—¿Steve Laflin? —inquirió una voz pausada.

—Sí.

—Quiero hablar con usted.

—Ya lo está haciendo.

—Personalmente, Laflin.

—¿Tiene usted algo que ver con los dos tipejos que me visitaron esta tarde en un bar?

—Yo los envié.

—Entonces, al diablo con usted, camarada.

Y colgó.

Sonrió para sí. Uno ha de saber elegir el momento adecuado para cada cosa.

Se fue a la cama, sólo que apenas se había acostado cuando el teléfono dio nuevamente fe de vida.

Un tanto fastidiado, Steve regresó a la salita, descolgó el auricular y gruñó:

—¿Es usted otra vez, gran tipo?

—Laflin, está jugando con fuego.

—No es la primera vez en todo caso.

—Esta vez puede ser la última.

—¡No me diga!

—¿Va a venir o no?

—No. Si quiere usted algo ya sabe dónde estoy.

Cortó la comunicación, dejó el auricular sobre la mesa y volvió a la cama.

Apenas su cabeza tocó la almohada se durmió.

Incluso es posible que tuviera felices sueños. Uno nunca sabe con hombres como Steve Laflin.

CAPÍTULO II

Apenas había salido de la ducha, a la mañana siguiente, cuando llamaron a la puerta.

Acabó de secarse sin prisas, se enfundó los pantalones y fue a abrir. Allí estaban sus dos antagonistas del día anterior. Ambos mostraban en sus rostros los estragos de unos puños como mazas.

Pero había alguien más con ellos. Alguien que permanecía en un discreto segundo plano.

Steve esbozó una sonrisa.

—Bueno, no esperaba verles tan pronto. ¿Vienen por el desquite?

Los dos hombres no dijeron palabra. Fue el tercero quien habló:

—Señor Laflin, preferiría tener la fiesta en paz si ello fuera posible. ¿Podemos entrar?

—¿Quién es usted?

—Llámeme Fields, señor Laflin. Arthur Fields.

Era un individuo atildado, de mediana edad, delgado y vestido de oscuro, semejante a los hombres de negocios que pueblan la City.

—Usted es el tipo que me llamó anoche —afirmó Steve de pronto.

—Sí.

—Pase.

Entraron los tres.

Desnudo de cintura para arriba, Steve Laflin se parecía más que nunca a uno de esos piratas tan pródigos en la historia inglesa. Sólo que a los que asolaron los mares acabaron por hacerlos nobles mediante un título sonoro y a Steve era muy problemático que nadie fuera lo bastante loco como para intentar siquiera proponerle entrar en la nobleza.

Fields miró a su alrededor hasta localizar la butaca más cómoda, en la que se sentó.

—¿Está dispuesto a escuchar mi oferta, señor Laflin?

—Me gustaría saber primero qué papel juegan sus dos perros guardianes, señor Fields.

Los aludidos no pudieron evitar un estremecimiento de ira.

Pero no despegaron los labios.

Arthur Fields lo pensó un poco. Acabó sonriendo con beatitud.

—Si uno lo piensa con calma —murmuró—, no creo que nos sirvan de mucho en estos momentos, por todo lo cual será preferible que esperen fuera.

Steve asintió.

—Ya lo oyeron, muchachos.

Sin replicar, ambos hombres abandonaron el apartamento y cerraron la puerta cuidadosamente.

—Ahora hablemos, Laflin.

—Todavía no.

El hombre enarcó las cejas.

—¿Por qué perder más tiempo? Soy un ejecutivo muy ocupado, usted sabe.

—Levántese.

—¿Cómo?

—¡Levántese!

Fields obedeció, perplejo.

Steve le abrió la impecable americana registrándole con rapidez.

Fields esbozó una sonrisa forzada.

—¿Temía usted que llevara armas? —se burló.

—Las armas no me preocupan en absoluto. Pero hay tipos ingeniosos que cargan con pequeñas grabadoras, registran conversaciones y luego se divierten fastidiándole a uno.

—Yo no llevo nada de eso en los bolsillos.

—Ahora lo sé.

Arthur Fields volvió a sentarse. Con ojos absortos contempló al gigante cómo se ponía una camisa blanca y luego la corbata.

Sólo cuando terminó dijo:

—Sé la clase de individuo que es usted, Laflin. En realidad, sé más de usted que nadie en el mundo.

—Lo dudo.

—Mercenario, aventurero. Ha peleado en todos los conflictos armados que se han desencadenado en el mundo en estos últimos años. Tiene dinero en diferentes países..., dinero ganado con la guerra. Usted lucha a favor de quien más le paga. Carece de escrúpulos. No hay mujeres en su vida, excepto fugaces aventuras puramente eróticas...

—Si vino para hacer mi biografía ha perdido el tiempo. Olvida que

yo ya la conozco.

—Es sólo el preámbulo. Puedo obligarle a realizar cualquier tarea para mí.

Steve se echó a reír.

—Ahí es donde se equivoca. Jamás nadie pudo obligarme a hacer nada que yo no quisiera. Voy a preparar café.

—¡Espere!

Pero él ya había entrado en la diminuta cocina.

Así que Fields esperó hasta que el gigante regresó con una cafetera humeante y dos tazas.

—Puede tomarlo sin miedo, no puse arsénico en su taza, Fields.

—Señor Fields para usted.

—¿Para qué andarse con tratamientos inútiles? —rió Steve entre dientes—. ¿Quiere café o no?

—Tomaré una taza, gradas.

Sirvió el aromático brebaje y sentándose frente a su visitante, dijo:

—Ahora puede continuar con mi biografía. Quién sabe, hasta es posible que descubra usted algo que yo ignore...

—Dije antes que puedo obligarle a trabajar para mí.

—Olvédelo.

—Hace apenas un mes, un buque israelí saltó por los aires en pleno océano... Los periódicos dijeron que era un accidente. En realidad, el buque iba cargado de material de guerra hasta las arboladuras. No fue un accidente, sino una tremenda bomba de tiempo.

—Qué cosas...

—Una bomba endiabladamente ingeniosa que usted fabricó y colocó, Laflin.

—¿De veras?

—¿Cuánto le pagaron por ese trabajo?

—Si se lo dijera correría a dar el soplo a la oficina de impuestos de Su Majestad. Olvédelo también.

—Pero fue usted quien hizo ese sabotaje. Hundió un buque cargado de pertrechos militares destinado al ejército de un país soberano.

—Hasta ahora usted es quien habla.

—Y seguiré haciéndolo. Por ejemplo..., yo podría hacer llegar el nombre de Steve Laflin hasta los sensibles oídos de los Servicios Secretos israelíes. Ya sabe cómo opera esa gente, ¿verdad? Son implacables. Jamás perdonan. Usted sería hombre muerto.

—Hágalo.

—No habla en serio.

Steve sonrió, llenando su segunda taza de café.

—Hágalo —repitió—. Será un modo como otro cualquiera de diezmar los efectivos secretos de ese país soberano.

—Bravatas. Podría hacerlo, pero usted, muerto, no me serviría de nada.

—Por lo que veo hasta ahora, tampoco le serviré de nada estando vivo.

—Le necesito, Laflin.

—¿De veras?

—Necesito que haga un trabajo para mí.

—Pague.

—Entiendo.

—Usted dijo antes que yo era un mercenario, por lo cual imagino que usted me desprecia cordialmente. Está bien, soy un mercenario. Yo trabajo por dinero. Única y exclusivamente por dinero.

—¿Cuánto?

—Haga su oferta. La cuantía dependerá del trabajo.

—Es usted capaz de regatear el precio como si se tratara de comprar un cesto de lechugas.

—¿Qué trabajo quiere que haga?

—Pasar al Berlín Oriental y matar a un hombre.

—Nada más que eso...

—Sé que es difícil.

—¿Difícil? Es una especie de suicidio.

—Diez mil libras, Laflin.

Steve se enderezó. Dejó cuidadosamente su taza y murmuró:

—¿Dijo usted diez mil?

El otro asintió.

—Ha tocado usted mi patriótica fibra sensible —rió el gigante—. Pero yo nunca me meto en aventuras sin saber por qué..., y para quién.

—Eso es más difícil.

—Entonces no hay trato.

—Digamos que represento una rama especial de los Servicios Secretos británicos.

—¿MI 5? O tal vez MI 6.

—No concretemos.

Steve estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Dejémonos de jugar al gato y al ratón. Sé perfectamente quién es usted, Fields, y para quién trabaja. Sólo que no creí que los Servicios Secretos de su Graciosa Majestad hicieran esta clase de trabajos.

—¿Que usted sabe...?

—Naturalmente. Le conozco muy bien. ¿Por qué cree que estoy vivo, con una fortuna en los Bancos, y libertad absoluta en todo el mundo? Porque conozco a quienes algún día pueden llegar a ser mis antagonistas. A usted, en su círculo, le conocen por el Tío Arthur. Fields suspiró.

—Entonces, ya sabe que la oferta es perfectamente válida.

—Pero ¿por qué yo? Tiene gente adiestrada a sus órdenes, esos muchachos de capa y espada de que tan orgullosos están los ingleses. Además, coordina usted las operaciones de su departamento con la división de la CIA americana en Europa. ¿Por qué no echa mano de cualquiera de los chicos de Washington?

—Lo cierto es que ya se intentó.

—¿Y...?

—No dio resultado. Desaparecieron. El último hace sólo dos días.

—Entiendo.

—¿Sí o no, Laflin?

—Pago por adelantado, naturalmente.

—Conforme.

—Ahora dígame a quién han sentenciado ustedes a muerte.

—A un individuo conocido por Gregory Pavel.

Steve dejó escapar un largo y tenue silbido expresando su asombro. Por el momento, eso fue todo.

CAPÍTULO III

—El café se enfrió —dijo Fields después de un minuto de silencio.

—Puedo hacer más si lo desea.

Steve tenía el ceño fruncido. La expresión casi risueña de su rostro se había esfumado desde que oyera el nombre del individuo que debía morir.

—Por mí no se moleste. El café me pone nervioso.

—Usted no se pone nervioso ni estallándole una bomba en los pantalones, Fields. Conque se trata de Pavel. Debí pedirle veinte mil libras.

—No las hubiera usted obtenido. ¿Qué sabe de Gregory Pavel?

El relámpago que cruzó por las pupilas del gigante fue casi luminoso.

—No tanto como quisiera. Pero usted arreglará eso. Hábleme del tipo.

Fields suspiró.

—Pavel, en cierta forma, es un mercenario como usted. Naturalmente, en otra esfera —aclaró con sarcasmo—. Lo suyo es el espionaje, la traición, el juego con dos barajas, y a veces tres. Un individuo muy valioso para ciertos trabajos, pero extremadamente molesto cuando logra echar el ojo a cosas que nunca debiera haber visto.

—Como en este caso, supongo.

—Exactamente. Hubo un tiempo que incluso nosotros le compramos informaciones. Le pagamos bien. Pero Pavel no trabaja para nadie más que para Pavel..., lo mismo que usted, también. Vendió informes a los americanos, a los rusos, a los franceses..., al mejor postor, en suma. Y ahora nos tiene atrapados.

—¿De qué modo?

—De él depende que vivan o mueran alrededor de doscientas personas.

Steve enarcó las cejas.

—Más claro, Fields.

—Consiguió una lista de nombres, ¿comprende? Los nombres de la

mayoría de nuestra gente que opera tras el Telón de Acero. Informantes, confidentes, y auténticos profesionales. No hay modo de retirarlos antes que entregue la lista..., si los rusos le pagan al contado.

—¿Es eso lo que está esperando, que le paguen?

Huyó al Berlín Este y se ocultó. Conociendo a Pavel, no cabe duda que actuará como tiene por costumbre, sin dar nunca la cara. Hará llegar su oferta a los rusos, pidiendo una fortuna que deberá ser depositada en algún Banco suizo. Sólo entonces entregará su mercancía. Siempre lo hizo así y no hay razón para creer que ahora vaya a variar de procedimientos. Ésa es nuestra única esperanza, ¿entiende, Laflin? Que los rusos hagan comprobaciones, que regateen tal vez...

—Dándonos tiempo a caer sobre Pavel.

—Ni más ni menos. Sólo que no es tan fácil. Ya le dije que, de algún modo, los hombres que envié han desaparecido. No es difícil imaginar lo sucedido. Jamás volverán.

Steve estuvo mirando fijamente a aquel hombre que disponía de las vidas de los demás sin un parpadeo. Las profundas arrugas que partían su amplia frente no auguraban nada bueno.

—Es un suicidio —dijo de pronto.

—Usted ha realizado cosas más peligrosas en el pasado, Laflin. Lo sé porque realicé una completa investigación sobre su vida.

—Pero ésta es descabellada. Para empezar, ¿cómo puedo localizar a Gregory Pavel una vez en el otro lado?

Fields suspiró.

—Hay un hombre que sí puede. Un tipo extraño, que arriesga la cabeza pasando la gente de un lado a otro del muro. Es el guía de Pavel... Si se le paga bien, posiblemente le llevará adonde está oculto.

—Ya veo... Se me ocurre que hay un sistema más razonable, Fields. Páguenle ustedes a Pavel en lugar de los rusos y les devolverá su maldita lista.

—No sirve.

—¿Por qué no?

—Tal vez nos devolviese la lista o tal vez no. Pero nada nos garantizaría que no se quedase con una copia y la vendiera también a los rusos. Esa rata es capaz de cualquier cosa. Por otra parte,

pagarle después que nos traicionó no entra en los cálculos de mis superiores.

Steve soltó un bufido.

—Puedo intentarlo —dijo de pronto—. Ir al otro lado no es difícil, pero echarle el ojo a su amigo Pavel es harina de otro costal. No puedo darle garantías de éxito, Fields.

—Lo sé.

—Pero usted pagará por adelantado de todos modos, gane o pierda con Pavel.

—Ya le dije que estaba conforme. ¿Dónde quiere el dinero?

Steve Laflin se echó a reír.

—¿Qué le parece a usted? En un Banco suizo, por supuesto.

—Está bien.

—Haga la transferencia, Fields, y cuando tenga el resguardo del Banco en su poder llámeme. Entonces partiré.

Fields se levantó. Parecía más cansado que a su llegada.

—No me gusta usted en absoluto, Laflin, pero le necesito. Ya tendrá noticias mías. Para entonces habré elaborado un plan para facilitarle la entrada al Berlín Este.

—¿Y la salida?

—Eso, mi querido amigo, dependerá enteramente de usted.

—Ya lo imaginaba. Adiós, señor Fields.

Steve abrió la puerta. Los dos guardaespaldas estaban en la escalera y le miraron de mala manera.

Cuando cerró la puerta estuvo unos instantes inmóvil, pensando en el compromiso que había aceptado. Sus ojos relampagueaban.

Fields no había hecho una investigación demasiado buena sobre su pasado, de lo contrario hubiera sabido que Steve Laflin estaba dispuesto a ir hasta el mismo infierno para matar a Pavel..., y sin cobrar dinero por ello.

—No eres tan listo como te imaginas, amiguito —murmuró, satisfecho.

Quizá su satisfacción fuera excesiva..., y anticipada.

* * *

Aquella tarde, Steve compró el *Times* antes de entrar en el restaurante donde solía comer.

Mientras tomaba un martini dio un vistazo a los titulares.

Había uno, casi escandaloso tratándose del sesudo periódico, que le interesó en gran manera.

Decía, nada más y nada menos, que había sido detenido el más peligroso espía ruso que operaba en Gran Bretaña en la actualidad, un hombre escurridizo, endiabladamente hábil, que respondía al nombre de Max Kuppel, aunque nadie sabía a ciencia cierta cuál era su verdadero nombre.

Leyó todo el artículo de arriba abajo. Kuppel había operado en Inglaterra durante años, tendiendo sus tentáculos con extremada cautela. Las informaciones enviadas a sus jefes habían sido de un valor incalculable, y los perjuicios causados a Occidente terribles.

En las declaraciones de las autoridades hechas a los periódicos podía adivinarse que estaban muy esperanzados respecto a los secretos que esperaban obtener del espía capturado.

Había una fotografía de Max Kuppel entre los policías de paisano que le habían cazado. No podía verse mucho de él porque ocultaba el rostro, pero se adivinaba que era un individuo anodino, delgado y de aspecto casi enfermizo, un hombre capaz de pasar inadvertido durante años en una comunidad inglesa.

Dejó el periódico a un lado y cenó con excelente apetito.

Cuando hubo terminado encendió un largo cigarro y entornó los ojos. Empezó a pensar seriamente en la aventura que estaba a punto de emprender.

Siempre había calculado minuciosamente todos los riesgos de su peligrosa profesión y esta vez no iba a ser diferente.

Había fumado la mitad del aromático cigarro cuando un hombre se detuvo junto a su mesa.

Steve esbozó una sonrisa al reconocer a uno de los individuos que tan malparados salieran de su primer encuentro.

—Hola —gruñó—. Siéntese si quiere tomar algo.

—No bebería con usted ni que con ello pudiera salvar la vida. Sólo estoy aquí por orden del jefe.

—Como quiera.

—Vaya al club del señor Fields, en Square Gardens, esta noche a las nueve.

—Muy bien.

El hombre giró sobre sus talones y se fue sin despedirse.

Steve abandonó también el restaurante poco después. Tenía tiempo de dar un paseo antes de la hora de la cita y echó a andar plácidamente por la acera, mirando escaparates, silbando entre dientes y prestando gran atención a sus espaldas.

Así descubrió al individuo que le seguía a corta distancia.

Sonrió para sí. Casi con toda seguridad, aquél era un hombre de Fields, pero debía asegurarse.

No hizo nada que revelara su conocimiento de que era seguido.

Prosiguió acercándose a Square Gardens, apurando su cigarro puro hasta que lo arrojó a la calzada. Entonces se detuvo en una esquina, cerca del muro de las casas.

Su perseguidor no podía detenerse so pena de delatarse, así que prosiguió adelante, pasó ante él sin mirarle y continuó por la acera sin volver la cabeza.

Steve caminó tras él entonces, alcanzándolo casi en la esquina siguiente.

—Un momento, compañero —exclamó.

El hombre se volvió, asombrado.

—¿Se dirige usted a mí? —balbució.

—Sin ninguna duda.

—Bueno...

—No creo que sea nada bueno para usted.

Estaban cerca de la pared. Una pareja pasó junto a ellos, hablando de sus cosas en voz baja y alejándose sin haberles prestado atención.

No había nadie más en las cercanías.

El espía comenzó a protestar. Steve descargó su derecha contra el hígado de su oponente. Fue un mazazo salvaje que aplastó al hombre contra la pared sin que de su boca desencajada saliera ni un quejido.

En realidad, estaba luchando desesperadamente para respirar, cosa que no era nada fácil.

—Ahora veamos quién eres en realidad, compañero.

El hombre gorgoteó sin voz.

Le abofeteó un par de veces, lanzándole la cabeza contra la pared, donde rebotó.

—No hagas que me ponga furioso, ¿sí? Dime por qué me seguías.

—Fields... El señor Fields... —jadeó el hombre.

—Lo supuse. No me gusta eso. Se lo diré a él también. Si te fijaste mientras me pisabas los talones, hay una buena farmacia en la otra calle, casi en la esquina.

Le hizo un irónico saludo y se alejó, mientras el pobre hombre luchaba con el dolor y las náuseas y reflexionaba sobre lo acertado del consejo del gigante. Realmente, necesitaba una farmacia...

Eran las nueve en punto cuando Steve llegó al discreto y exclusivo club de Arthur Fields. Éste le esperaba en el vestíbulo y le dedicó una pálida sonrisa.

—Vámonos, Laflin —dijo cuándo le vio—. Terminaremos la conferencia en mi oficina.

—Creí que íbamos a hablar ahí, en el club.

—No puedo arriesgarme a introducirle a usted en él. Serían capaces de expulsarme —rió, mientras entraba en un coche negro cuyo chófer mantenía abierta la portezuela.

Steve se acomodó a su lado. Había un cristal de separación entre ellos y el conductor.

—Fields —dijo el gigante—, usted se equivocó conmigo.

—No lo creo.

—He tenido que aporrear a otro de sus esbirros.

El hombre enarcó las cejas. Vestía un impecable traje de etiqueta y lo llevaba con tanta soltura como si hubiera nacido con él puesto.

—¿De qué está hablando?

—Usted puso uno de sus perros de presa siguiéndome las huellas. Eso no me gusta.

El señor Arthur Fields suspiró con resignación.

—Está bien, comprenda que necesito estar seguro de usted... ¿Cómo descubrió a mi hombre?

—Ya fue un error enviar al otro con el recado mientras estaba en el restaurante. Eso me reveló que era espiado, para poder localizarme allí. Después, en la calle, su muchacho no fue demasiado hábil que digamos.

Preocupado, Fields preguntó:

—¿Le hizo usted daño?

—Depende de lo fuerte que tenga el hígado.

—Si usted estuviera mucho tiempo en tratos conmigo, la mayoría de mi gente presentaría la dimisión —comentó con una risita.

No hablaron más hasta que el coche se detuvo en una calle

tranquila, estrecha y desierta.

—Un lugar poco atractivo para instalar oficinas —comentó Steve.

—El mejor de Londres para pasar inadvertido.

El coche se alejó cuando se hubieron apeado. Entraron en una casa de la época victoriana, casi solemne. Los escalones, bajo sus pies, chirriaron estruendosamente.

Fields introdujo la llave en la cerradura de una puerta y le dio vuelta. La puerta se abrió unas pulgadas revelando la luz del interior.

Steve dio un empujón a su circunstancial compañero, al mismo tiempo que él se pegaba a la pared, a un lado de la puerta. Como por arte de magia, en su mano derecha había aparecido una enorme «Lüger».

—¿Acostumbra dejar las luces encendidas, Fields? —musitó.

—Tómelo con calma. Hay alguien esperándonos ahí dentro.

—¿Y...?

—Alguien amigo quiero decir.

—Yo no tengo amigos cuando mi pellejo está en la cuerda floja. Entre usted primero si quiere.

Fields acabó de abrir la puerta y entró en la sala iluminada.

Steve asomó un ojo. Había una gran butaca de orejas colocada de espaldas a la puerta. De la butaca se elevaba una columnita de humo. El aroma del tabaco llenaba la estancia.

Fields rodeó la butaca sonriendo.

—Buenas noches, querida —dijo—. Estaba seguro que no se retrasaría.

Entonces, Steve entró, mientras una mujer se levantaba para estrechar la mano del jefe del espionaje.

Era una dama que andaría por los treinta años, pero en todo caso eran los treinta años más bien distribuidos que él recordaba haber visto nunca.

Delgada, elegante, la naturaleza había rellenado con delicadeza los lugares precisos.

Fields, sin soltar la mano de la belleza, se volvió un poco.

—Ése es el hombre de quien le hablé. Luana.

Los ojos dorados de Luana miraron a Steve calculadoramente, como valorándolo. Poseía un rostro de maravillosa tersura en el cual los labios, apenas maquillados, eran una incitante interrogación, o

quizá una promesa.

—¿Steve Laflin? —murmuró.

El aventurero acabó de recorrerla con la mirada. A pesar de que era una de las mujeres más bellas, más exquisitas que había visto en su vida, la ceñuda expresión de su rostro no delataba nada más que disgusto.

—¿Qué infiernos significa esto, Fields? —Gruñó—. ¿Un concurso de popularidad para que me conozca todo Londres antes de largarme?

—Ella es Luana Ray, amigo mío. Trabaja para mí.

—Pero no para mí.

—Ahí se equivoca.

—¿Qué quiere decir concretamente?

Fields suspiró.

—Luana le acompañará a Berlín, Laflin.

El rotundo juramento que éste soltó hizo temblar las lámparas. Luego añadió lleno de furia:

—No hay trato, Fields. Olvide que me conoció.

Giró sobre los talones y se encaminó a la puerta.

CAPÍTULO IV

Abrió, y entonces la voz de la bella Luana le detuvo con su acento profundo y dominante:

—¡Espere, Laflin!

Steve volvió la cabeza.

—No hay nada que discutir. Siempre he trabajado solo y gracias a eso sigo vivo.

—Muy bien, podrá hacer el trabajo sólo si quiere, pero después de escucharnos. El que sea usted una máquina de guerrear no le autoriza a ser también un grosero.

Fields soltó una risita.

—Eso no me hubiera atrevido a decírselo yo —comentó.

—A mí no puede saltarme los dientes de un puñetazo —dijo Luana.

Steve cerró de un portazo.

—Escúchenme ustedes dos —bufó, iracundo—; tengo experiencia en esta clase de líos. Los he resuelto otras veces jugándome la cabeza y sé que no pueden salir bien cuando andan mujeres por en medio. Además, entrar y salir del Berlín Oriental un hombre sólo es factible..., una oportunidad entre mil, quizá. Pero acompañado de una mujer no hay ni media oportunidad entre un millón, así que no hay trato, Fields.

Este introdujo dos dedos en el bolsillo de su chaleco de etiqueta y extrajo un papel amarillo.

—Ingresé sus diez mil libras en un Banco suizo... El mismo en el que usted ya tiene cuenta secreta. No puede volverse atrás.

—¡Ya lo creo que puedo! Le devolveré su cochino dinero.

—Espere un minuto, déjeme hablar a mí —insistió Fields.

Steve titubeó. Al fin, encendió un cigarrillo y gruñó:

—Perfecto; hable y después me largaré. Adelante, suelte su historia.

Fields y la soberbia mujer llamada Luana cambiaron una mirada.

—Laflin, todo esto es en beneficio suyo —empezó el atildado Fields—. Hay una posibilidad de que pueda entrar y salir del Berlín Oriental sin más dificultades que enseñar el pasaporte que le prepararemos. He pensado mucho sobre este asunto, teniendo en

cuenta que a nuestros hombres les eliminaron a pesar del secreto con que se movieron. Sabemos que lograron pasar el muro, pero fueron cazados una vez al otro lado. Con usted la cosa es distinta.

—Más claro.

—Admiten turistas al otro lado del muro, ¿no es cierto?

—Está usted loco.

—Los admiten, sobre todo si la moneda de que disponen son dólares americanos o libras esterlinas. A usted no le conocen como agente en ningún país. Su pasaporte dirá que es un hombre de negocios americano, y ahí es donde entra Luana. Un hombre de negocios americano en viaje turístico siempre va acompañado de su esposa. ¿Comprende ahora? No sospecharán de un matrimonio deseoso de comprobar las ventajas de la Alemania del Este.

Steve sacudió la cabeza.

—Insisto en que lo haré solo o no lo haré.

Fields dijo pausadamente:

—Ya basta, Laflin. Usted hará lo que yo le diga. Si lo duda, le diré que tengo todo dispuesto para que los Servicios Secretos israelitas le caigan encima cuando menos lo espere por su jugada del buque carguero.

—De modo que es así cómo trabaja usted.

—Todo lo que yo hago es obtener resultados donde otros fracasan. Los medios no importan en esta clase de juego, y usted debería saberlo. ¿Alguna duda?

—Ninguna. Pero algún día le retorceré a usted el cuello, Fields, así sea lo último que haga en este mundo.

El aludido sonrió como un conejo.

—Hasta que llegue ése, para usted, feliz momento, obedecerá mis órdenes.

Steve aplastó el cigarrillo en un cenicero. Después miró a la mujer y esbozó una helada sonrisa.

—De modo —dijo—, que ella va a ser mi esposa en este viaje.

—Ése es el plan.

—No es mala idea después de todo. Fiaré que la representación sea todo un éxito.

Ella se estremeció, pero la sonrisa no desapareció de sus tentadores labios.

En cambio, Fields arrugó el ceño.

—¿Qué quiere dar a entender con eso?

—Pues que alguna compensación he de tener si me juego la cabeza, ¿no es cierto?

—¡Maldita sea, Laflin! —estalló Fields—. No le consentiré que...

Luana le interrumpió con un gesto.

—Tranquilícese y deje que yo me ocupe de esta faceta del problema

—dijo con su voz cálida—. Se supone que no nací ayer, ¿verdad?

—Pero ese salvaje...

Steve rió.

—Gracias —dijo.

—Nunca hice el amor con un salvaje —insistió ella—. Deje que las cosas sigan su curso, ¿quiere?

Fields barbotó algo entre dientes. Luego encajó las mandíbulas y gruñó:

—Está bien, lo dejo en sus manos, querida. Saldrán mañana, en el vuelo de las tres quince de la tarde. Ahora, discutamos los detalles, si les parece...

* * *

La gran aeronave se lanzó al espacio bajo un sol pálido que teñía de oro la campiña inglesa.

Poco después, Inglaterra desapareció y bajo el avión sólo hubo el azul del mar.

Junto a la ventanilla, Luana suspiró:

—Desde la primera vez que viajé en avión, nunca he podido superar el miedo del despegue. Luego, una vez en el aire, me siento libre y feliz. ¿Puedes comprenderlo?

—Necesitarías un psiquiatra para tus problemas, «querida».

Su voz sonó sarcástica. La mujer ladeó la cabeza y le miró con sus grandes ojos luminosos.

—Será mejor que olvides tu resentimiento, Steve. Nuestros sentimientos personales no cuentan en este trabajo, únicamente que si nos dejamos llevar por ellos podemos echarlo todo a perder.

—Nunca he sido un amante esposo, así que no tengo experiencia.

¿La tienes tú?

—Estuve casada una vez.

—¿Y...?

—No resultó.

—Ya veo.

—Mi experiencia tampoco nos sirve de mucho en este caso. Mi esposo no fue lo que yo esperaba. O tal vez fracasé yo, no lo sé. Tú y yo deberemos improvisar sobre la marcha, ¿no te parece?

—Te cedo la iniciativa.

—Steve...

—Dime.

—¿Qué fue lo que te hizo tan endiabladamente duro?

—No te pongas trágica. Sólo me enseñaron a pelear, eso es todo.

—No, no lo es. Tú no eres solamente un luchador. No te importa matar..., ni que te maten. ¿No es cierto?

—Digamos que la vida no es tan importante como la gente cree. Me gusta vivir, naturalmente, si puedo vivir a mi modo. Pero la idea de la muerte no me inquieta. Sé que ha de llegar un día u otro, y estoy convencido que haga lo que haga no podré eludirla. Entonces, ¿para qué preocuparse anticipadamente?

—Ésta es una filosofía terrible, derrotista.

—No es ni siquiera filosofía, querida. Es una actitud ante el problema de la muerte. Si uno deja de temer una cosa acaba por despreciarla. Yo desprecio la muerte, es todo.

—¿Por qué?

—Porque es la negación de la vida, de todo lo hermoso que hay en el mundo. Mientras pueda vivir a mi antojo, muy bien. Cuando no pueda...

—Entonces morirás.

—Sí.

Ella guardó silencio. Dejó vagar su mirada por el manto de nubes que se extendía sobre el mar semejante a un gran lecho de algodón. De pronto dijo:

—Supongamos que no te matan, Steve.

—¿Qué?

—Demos por sentado que eres tan endiabladamente bueno en tu profesión que no consiguen matarte...

Él se echó a reír.

—Entonces, querida, llegaré a viejo, creo yo.

—Ciertamente. ¿Y entonces qué?

—Ahora es cuando no te comprendo.

—Estarás solo, ¿no? Siempre solo, sin sentimientos, sin calor humano, fuera de lo que habrá sido tu mundo, como un trasto inútil, viejo y arrinconado.

—Ya veo a dónde quieres ir a parar.

—¿Y bien?

—No me imagino viejo y sedentario, sentado al sol en un jardín. Apuesto que no llegaré a viejo.

Ella le miró de reojo. Él estaba sonriendo, como si sus ideas fueran muy divertidas.

Hubo otro largo silencio, hasta que de nuevo fue ella quien lo rompió:

—Dime, Steve: ¿no has amado nunca a una mujer?

—A una no. A muchas.

—No me refiero a tus aventuras eróticas, sino a amar.

—No te pongas sentimental, por favor.

—Era sólo una pregunta.

—Tú haces demasiadas preguntas, nena. Pero te diré que nunca me detuve a pensar en el amor desde ese romántico punto de vista al que te refieres. Quizá fue porque nunca tuve tiempo para ello..., o porque ninguna mujer en este mundo aceptaría unir su vida a un cabeza loca como yo. ¿Qué podría ofrecerle? ¿Una metralleta, una pistola o una bomba como regalo de boda?

Ella se removió en su mullido asiento. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

Con voz como un susurro dijo:

—Esto va a ser divertido..., querido esposo.

—Más de lo que crees.

—Querido..., si me duermo, despiértame cuando lleguemos a Tempelhoff. Hace más de dos años que no visito Berlín...

Su voz se extinguió.

Steve estuvo mirándola un buen rato, maravillándose en su fuero interno de la increíble belleza de aquel rostro en reposo, consciente de la tremenda fuerza que encerraban aquellos labios y no ignorando tampoco el poderoso impulso que le llevaba a apresarlos bajo los suyos con un deseo tan poderoso como no sintiera jamás.

Así, en silencio, transcurrió el resto de aquel viaje que iba a significar el principio de un infierno.

CAPÍTULO V

Berlín ardía en un crepúsculo que el sol poniente volvía rojo.

Steve formalizó su inscripción en el hotel indicado por Fields, mientras Luana vigilaba que los mozos trasladaran el equipaje hasta el ascensor.

En la hoja de registro quedó establecido que el señor y la señora Laflin procedían de Nueva York vía Londres, y que el objeto de su viaje era pura y simplemente turístico.

Después quedaron solos en su habitación.

—¿Qué te parece? —exclamó Luana—. Es un hotel excepcional...

—No vas a estar mucho tiempo aquí, así que no te hagas ilusiones.

—Siempre lo estropeas todo, querido.

El colgó sus trajes en el armario y distribuyó el resto de su equipaje en los lugares adecuados. Después cerró la maleta grande y empezó con el maletín de urgencia.

Llevaba en él algunas camisas y ropa interior, además de los útiles de aseo. Pero, además, el maletín contenía un doble fondo muy difícil de localizar. Casi lo acarició al depositar el maletín en la parte superior del estante.

—¿Vamos a dar una vuelta? Fíjense de seguir con la representación —propuso.

—Estoy terriblemente cansada, querido.

El la miró. Sus ojos implacables chispearon.

—Si pretendes jugar al «hogar dulce hogar» conmigo, mejor será que lo olvides. No quiero trabas en el trabajo.

—¿A qué llamas tú trabas?

—Lo sabes muy bien. Si las cosas van mal, ningún sentimiento influirá para nada en mi actuación.

—Eso es exactamente lo que yo pienso. Pero no es obstáculo para que lo pasemos bien mientras llegan los éstos, ¿no crees?

—A veces pienso que estás un poco loca. Luana.

—Debo estarlo para dedicarme a ese trabajo.

—También se me ocurre que tú y yo somos muy semejantes en ciertos aspectos.

—Es posible.

El alargó sus manazas y la sujetó, atrayéndola sobre su poderoso torso.

—Voy a besarte —dijo con voz ronca.

—Hazlo.

—¿Así?

—¿Cómo así?

—Quiero decir..., en frío..., de cualquier modo...

—Steve, tú serás una máquina de pelear, pero no entiendes una maldita cosa de mujeres.

—En eso tienes razón.

Inclinó la cabeza y buscó su boca en un beso.

* * *

El «Mercedes» alquilado zumbaba rumbo al fatídico muro y al punto de cruce Charlie.

Al volante, Steve manejaba descuidadamente, sorteando el intenso tráfico de Berlín.

Luana comentó:

—Cuando estemos al otro lado no habrá tantas dificultades para circular. Allí apenas hay coches.

—Las dificultades serán de otra índole —rió Steve.

Ella estaba mirándole, captando la despiadada fuerza que parecía desprenderse, de todo su aspecto granítico.

—Steve...

—¿Sí?

—Quisiera decirte algo, pero no encuentro la manera de hacerlo...

—Recorre a la mímica entonces.

—No te burles. Si algo saliera mal, querido...

—No seas agorera.

—Si algo saliera mal yuviésemos que separarnos, quisiera que creyeras en mí, Steve.

—Realmente, estás hablando en enigmas. Maldito si sé lo que quieres decir.

—Yo tampoco estoy muy segura. ¿Sabes lo que sí sé con seguridad?

—Dímelo.

—Quisiera estar de regreso, con todo terminado.

—Yo también.

—Si no volvemos juntos, querido, prométeme que me buscarás una vez en Inglaterra.

—No te pongas romántica otra vez.

—No es romanticismo.

El soltó una carcajada.

—Todo saldrá bien, gatita, seguro. Ha sido planeado a la perfección y nuestros documentos son genuinos. Todo está en regla. Entraremos y saldremos en las mismísimas narices de los «vopos». Incluso es posible que nos sonrían pensando en los dólares que dejamos en su sector.

—Steve...

La voz de Luana tembló ligeramente.

El volvió la cabeza, mirándola intrigado.

—¿Qué te ocurre, tienes miedo?

—Tengo miedo, pero no se trata de eso.

—Entonces, habla, por todos los santos. Me pones nervioso.

Ella suspiró profundamente.

—Olvidalo —musitó.

Los trámites para pasar el muro fueron laboriosos por ambas partes. Los americanos les hicieron las acostumbradas recomendaciones, comprobaron hasta el más mínimo detalle de sus documentos, más para preservarles de dificultades en el otro lado que por desconfianza, y al fin levantaron la barrera.

Steve manejó con cuidado por aquella especie de laberinto, hasta detener el auto en el puesto de control de los guardias del Este.

Un oficial se tocó ligeramente la gorra y tomó luego toda la documentación, con la cual desapareció dentro de una pequeña oficina.

Steve encendió un cigarrillo con dedos firmes y tranquilos.

Sentía sobre sí las miradas de los guardias que pululaban alrededor, acunando sus chatas metralletas en los brazos.

Luana encendió también un pitillo.

—Espero que no nos registrarán —musitó, simulando una sonrisa.

El replicó con sarcasmo:

—¿Tienes algo que ocultar, aparte de tu delicioso cuerpo?

—¿Y tú?

—Nada.

—Las armas, cabezota.

—¿De qué estás hablando? Un honesto hombre de negocios americano no viaja por el mundo armado hasta los dientes. Eso queda para los *gangsters* y los agentes secretos.

—Steve, me pones frenética.

—Mira, ya vuelve.

El oficial llegó junto al coche y les devolvió la documentación. Tras esto vino el capítulo de las divisas, la firma de una declaración al respecto y las indicaciones de dónde debían cambiar los dólares por la «moneda legal».

Cuando el «Mercedes» reemprendió la marcha, Luana no pudo contener un suspiro.

—Primera parte, un éxito —comentó.

Había muy poca circulación por las calles. Grandes edificios de aspecto severo se alzaban aquí y allá, y había una enorme profusión de grandes murales con fotografías de los dirigentes comunistas.

Quince minutos más tarde, Steve detuvo el coche frente a la fachada oscura del hotel Volga, un lugar sin lujos, pero tan cómodo como cabía esperar.

La inscripción resultó también detallista y laboriosa. Después, una camarera les guió hasta la habitación sin hacer ademán de tomar ninguna de las dos maletas, que trasladó el propio Steve.

Luana miró alrededor con ojos perplejos.

—Bueno, no es un palacio precisamente —comentó—. Pero creo que me gustará el cambio.

El le guiñó un ojo.

—Ordena tus cosas en el armario y saldremos a ver la ciudad.

—Está bien.

Salieron media hora más tarde, a pie, dedicándose durante más de una hora a vagabundear de un lado a otro sin rumbo fijo.

—No nos sigue nadie —aseguró él al fin—. Quizá haya micrófonos en la habitación del hotel, esa gente es desconfiada por naturaleza. Pero en cuanto a sospechar de nosotros particularmente, hasta ahora no creo que lo hagan.

—Entonces, ¿crees que podemos ir en busca de Kroger sin peligro?

—Vamos, y ruega para que el tipo conozca el paradero del querido Gregory Pavel, porque de lo contrario sí que las¹ cosas se pondrán endiabladamente difíciles.

Cambiaron de rumbo, encaminándose al distrito oeste, un lugar poco edificado, con edificios deslucidos, calles llenas de baches y la proximidad del muro como recordatorio de que nadie debía pensar en llegar más allá de lo que las autoridades consentían.

—¿Recuerdas bien la calle? —preguntó Steve, preocupado.

—Me aprendí bien el plano de memoria. Estoy segura que cuando lleguemos al lugar lo reconoceré.

—Ojalá sea así, nena, porque no es cosa de andar preguntándole a la gente.

Se cruzaron con una pareja de «vopos», que les examinaron con interés. Steve se preguntó si el interés de los dos guardias se debería a su apariencia de titán o a la soberbia belleza de Luana.

En todo caso, no cabía duda que en caso necesario aquellos dos individuos les recordarían con todo detalle.

Dejándose guiar por la mujer, pronto estuvieron recorriendo unas callejas en las que la creciente penumbra del crepúsculo difuminaba la tristeza de las casas semejantes a grandes colmenas, la monotonía de las escasas tiendas y la amarillenta luz de alguna que otra cervecería.

—Ésta es —murmuró Luana de pronto, deteniéndose en una esquina—. La casa debe estar casi al final del callejón.

—Entonces, vamos allá y terminemos esto cuanto antes.

Los dos se hundieron en las sombras.

Las sombras que pronto serían las de la muerte.

CAPÍTULO VI

La oficina era una más del enorme y macizo esperpento arquitectónico plagado de pequeñas ventanas, rotundas columnas y estrechas puertas.

Era una oficina sencilla, con una mesa, dos sillas, un sillón para el funcionario de turno y un archivador de acero adosado a una pared. En la puerta no había ningún rótulo.

De haberlo habido, hubiera debido rezar algo así:

«Komitet Gosurdarstvennai Bezopasnosti».

O en caso de haber querido abreviar hubieran bastado tres letras: KGB.

En el sillón estaba sentado un hombre rechoncho, de cuello grueso tan corto que casi no existía. Su cabeza calva brillaba bajo la luz, y sus manos regordetas con dedos semejantes a salchichas eran tan blancas como las de una mujer.

Poseía unos ojos extrañamente claros y velados, unos ojos inquietantes que hacían pensar en los de una serpiente.

Manoseaba los informes rutinarios que se amontonaban sobre la mesa. Los había de todas clases, absurdos, debidos al agudizado celo de unos funcionarios llenos de pánico ante la sola posibilidad de un error.

Había otros más interesantes, referentes a mil temas que interesaban al KGB. Y estaban igualmente los partes de los puestos de control en la divisoria de los dos sectores.

Ciertamente, para el funcionario era un trabajo abrumador y comprometido dilucidar cuáles eran interesantes y cuáles no. Un error en la apreciación podía tener fatales consecuencias.

Y él lo sabía.

Piotr Dimitriwitsch Krotsta lo sabía por experiencia ajena. Había visto caer a otros funcionarios de su misma jerarquía, e incluso superiores por haber considerado inocuo un informe y después haber resultado que era realmente importante.

Krotsta examinaba atentamente los partes de los puntos de control.

En algunos de ellos había breves notas de puño y letra del oficial aclarando algún detalle, pero por lo general se limitaban a rellenar las casillas establecidas.

Y de pronto, aquél saltó ante sus ojos como un ser vivo.

En principio, se trataba de la simple declaración de un par de turistas americanos, un matrimonio.

Pero estaba la descripción del individuo, y el nombre:

Steve Laflin.

Algo como una campanilla de alarma empezó a sonar en el cerebro bien ordenado del funcionario. Se quedó muy quieto, pensando furiosamente, mientras leía una y otra vez aquel nombre y la descripción.

Steve Laflin.

Al fin, descolgó el teléfono y gruñó:

—¡Ficheros!

Esperó hasta que alguien respondió al otro lado del hilo.

—¡Atención! —Ladró—. ¡Nombre, Steve Laflin! Nacionalidad, americana. Ojos azules, cabello oscuro, corpulento, metro noventa de estatura aproximada. Informen cuanto antes.

—¿Y si no está en nuestros ficheros?

—Consulten en los centrales. Debe haber algo puesto que yo recuerdo ese nombre.

Colgó, y echóse atrás en su sillón de muelles.

No era nada raro que un par de turistas americanos cruzasen el muro atraídos por la morbosa curiosidad de conocer por sí mismos el sector, tan vilipendiado por la Prensa capitalista. Piotr Dimitriwitsch Krotsta lo sabía muy bien y celebraba que vinieran, porque sus divisas contribuían a fortalecer las arcas del partido, pero de vez en cuando saltaba el chispazo en medio de la vulgaridad.

El teléfono sonó. Descolgándolo, gruñó su asentimiento y acto seguido escuchó con atención.

—Lo suponía —dijo al fin—, mejor dicho, estaba seguro de que ese nombre significaba algo... Envíe todo el *dossier* a mi despacho.

Cortó la comunicación, para volver a hablar inmediatamente con el departamento de seguridad.

Minutos después, un oficial entraba en la oficina, cuadrándose con marcialidad.

Krotsta habló durante un minuto. Su voz era rotunda, autoritaria. No admitía réplicas ni vacilaciones.

El oficial saludó y salió apresuradamente.

No obstante, era preciso cubrir cualquier posible riesgo, por remoto que fuera. Uno nunca sabía qué vericuerdo; podía tomar la complicada trama burocrática del partido.

Así que el alto funcionario Krotsta se levantó, dejó su oficina y subió las escaleras hasta el piso superior.

Allí llamó a una puerta, y cuando una voz le autorizó a entrar la abrió y volvió a cerrarla detrás suyo.

El hombre que ocupaba aquel despacho era, sin duda, de mayor jerarquía que Krotsta.

—¿Y bien?

—El nombre de Steve Laflin, ¿no le recuerda nada?

—¿Inglés?

—Americano.

—¿Debería recordarme a alguien interesante?

—No lo sé, ciertamente. Pero consta en nuestros ficheros. Es un mercenario, una especie de apátrida. Sabemos que peleó en Africa, en Oriente Medio y en algunos países de América del Sur. En Biafra causó estragos entre las tropas del Gobierno. Y ahora está aquí.

—¿Dónde concretamente?

—En nuestro sector. Pasó el control como turista. Viaja acompañado de su mujer, aunque en nuestros archivos consta como soltero.

—Interesante, desde luego.

—He mandado que lo traigan aquí. Deseo interrogarle, extraoficialmente de momento. Me intriga que un individuo de esta clase se dedique a viajar como turista por nuestra zona, coronel.

—Muy bien, cuando llegue quiero asistir al interrogatorio. Tal vez se haya retirado y perdamos el tiempo, pero si es realmente como usted afirma, probablemente sus intenciones sean otras.

—No creo que tarden mucho. Los libros de registro de los hoteles son muy útiles en estas ocasiones.

El coronel asintió, hizo un gesto de despedida y volvió a enfrascarse en los documentos que estaba estudiando.

Krotsta regresó a su oficina mucho más tranquilo. Ahora, en caso de que algo saliera mal, o hubiera alguna reclamación diplomática, la

responsabilidad ya no sería sólo suya.

No hubo de esperar mucho tiempo. El oficial regresó, para informar que habían localizado al americano y su esposa. Estaban inscritos en el hotel Volga, pero después de instalarse habían salido a recorrer la ciudad. Habían quedado dos agentes de paisano esperando su regreso para traerle inmediatamente.

Krotsta asintió. Aquello estaba bien. Pronto sabría si habían perdido el tiempo, o si de su actuación le era dable esperar su próximo ascenso...

* * *

Kroger era un tipo esmirriado, de apariencia huidiza y ojos de rata. A Steve no le gustó desde el primer instante que lo tuvo delante, en aquella casucha que olía a infiernos y en la que apenas había luz suficiente para verse las caías.

—No debieron haber venido aquí —gimoteó, asustado—. Si les ve alguien estoy perdido.

—Este asunto no es para tratarlo por medio del teléfono.

—Ustedes saben el sistema para comunicarse conmigo...

Luana hizo un gesto impaciente.

—Kroger, mis jefes están pagándole mucho dinero por sus escasos servicios. Recuerde que ese dinero está en el sector occidental de la ciudad y que si nos traiciona lo perderá todo.

—¿Quién piensa en traicionar a nadie? —se quejó lastimeramente—. Pero hay que andar con cien ojos. Ellos tienen espías en todas partes.

Steve hizo un gesto de impaciencia.

—Al grano, Kroger.

—¿Cuánto van a pagarme? Éste es un trabajo especial...

—Más arriesgado resulta ayudar a cruzar un fugitivo, o mandar uno de sus informes al otro lado, y usted lo hace.

Luana volvió a intervenir:

—Todo lo que queremos saber es si Gregory Pavel está en este sector de Berlín, y si es así, dónde podemos encontrarle.

—No me han dicho cuánto van a pagarme.

—Si nos lleva hasta Pavel, nuestra gente de Londres ingresará quinientas libras a su nombre en el sector occidental.

Kroger cabeceó.

—Está bien, ese hombre, Pavel, «pasó» hace una semana o poco más.

—¿Le ayudó usted?

—No; otro compañero. Pero yo lo sé. Otras veces le traje yo, por eso sé quién es.

—Está bien. ¿Dónde se esconde?

—Les guiaré esta misma noche, si quieren.

Luana asintió con un gesto.

Después preguntó:

—¿Está solo?

—¿Pavel? Sí. Siempre que viene se oculta en un lugar distinto, solo. Luego desaparece y durante meses nadie vuelve a saber de él.

—¿No sabe si los «vopos» han tratado de localizarlo alguna vez?

Kroger sacudió la cabeza.

—Nunca, que yo sepa. Es un hombre muy cauto y astuto.

—Veremos hasta dónde es cauto nuestro amigo —rezongó Steve entre dientes.

Luana le hizo callar con un gesto. Dio un cigarrillo al alemán y ella encendió otro antes de continuar:

—Ahora escuche bien, Kroger, porque esto es importante. Cuando nosotros hayamos tenido una entrevista con Gregory Pavel, volveremos a reunirnos con usted. Para entonces debe tener dispuesta una ruta de escape al otro lado, ¿entendido?

—¿Esta misma noche?

—Sí.

—Será muy precipitado, pero puede hacerse, a menos que se desencadene una alarma general en la frontera.

—No hay ningún motivo para eso. Incluso es posible que no necesitemos su ayuda, porque si todo va bien nosotros podremos salir tan abiertamente como entramos. Pero nunca se sabe y es mejor tenerlo todo preparado. ¿Podemos contar con que podrá sacarnos si las cosas se ponen feas?

—Por el precio de costumbre, claro...

Ella suspiró.

—Por el precio de costumbre —asintió.

—Entonces, la cosa está hecha. Ahora, es mejor que descansen. Tardaremos un poco en salir.

En realidad tardaron casi una hora, cuando ya las calles estaban completamente desiertas y la ciudad parecía un mundo muerto y desolado...

* * *

Gregory Pavel había sabido elegir bien su escondrijo. Era una casa de dos plantas, enclavada entre una gran nave fabril y un solar sin edificar, lleno de escombros y cascotes.

El alemán que les había guiado explicó:

—El debe ocupar la planta baja, porque el piso está hecho una ruina. En esta casa no vive nadie. La hemos utilizado otras veces, por eso lo sé.

Estaban pegados a la pared de la fábrica, envueltos en sombras.

Steve miró arriba y abajo de la calle.

—¿No hay patrullas de «vopos» por aquí?

—Casi nunca llegan hasta estos contornos. Prefieren las —calles más concurridas.

—Está bien, usted esperará aquí. Si hemos de huir nos guiará hacia su línea de escape. Si no es necesario, podrá regresar a su casa y el asunto habrá terminado para usted. ¿Comprendido?

Luana hablaba ahora con voz decidida, resuelta y fría.

Kroger tragó saliva. Asintió con un cabezazo y se hundió en el profundo quicio del portalón.

Ellas dos avanzaron pegados a la pared hasta la pequeña puerta de la casa de Pavel.

—¿Cómo entraremos, Steve? —susurró la mujer.

—Tú debiste haberte quedado con Kroger.

—Tengo órdenes concretas, Steve.

—Muy bien. Esa puerta está medio podrida. Un golpe bastará para abrirla. Yo entraré primero y tú me seguirás. Lo malo será si nuestro amigo está en el piso, contra lo que ha dicho Kroger.

—Estará abajo si el piso es tan inhabitable como parece.

—Bueno, vamos a verlo.

Steve sacó su Luger y corrió el seguro. Después pegó un tremendo puntapié contra la puerta, junto a la cerradura, y la madera se resquebrajó cayendo hacia el interior.

De un brinco estuvo dentro. Oyó una alarmada exclamación a su

derecha, allí donde se distinguía una puerta.

Se precipitó por ella de cabeza. Vio confusamente un bulto que saltaba de una cama y golpeó con la mano armada como si utilizara una maza.

Hubo un sordo quejido y un hombre se desplomó.

—¡Pronto, la luz! —exclamó Steve.

Luana encendió una linterna eléctrica.

El hombre del suelo apenas se movía. Estaba hecho un ovillo y un hilillo de sangre se deslizaba por detrás de su oreja izquierda.

—¿Pavel? —Gruñó el gigante.

El caído giró la cabeza, parpadeando bajo el chorro de luz de la linterna.

Steve suspiró.

—Hola, Gregory —gruñó—. No sabes las veces que pensé en ti después que te fuiste.

Luana contuvo el aliento.

—¡Steve! ¿Le conocías?

—¡Ya lo creo! ¡Vamos, levántate, compañero!

Gregory Pavel se levantó, vacilando sobre sus piernas. Llevaba un viejo pijama que había conocido mejores tiempos y que le resultaba demasiado grande para su tamaño. Su cuerpo escuálido parecía flotar dentro de la tela.

Al fin logró apoyarse en una silla y miró al hombre que le había derribado. Sus ojos se agrandaron llenos de estupor.

—¡Tú! —jadeó.

—Apuesto que creíste que me había despellejado como los otros, ¿eh?

—No comprendo... ¿Cómo me has encontrado?

—Ha sido algo insólito. Juré que te mataría por lo que hiciste en Biafra, pero nunca pude averiguar tu paradero. Nos hiciste un asqueroso trabajo en la selva, aunque eso ya lo sabes. Tu traición les costó la vida a todos los demás... Veinte hombres despedazados, torturados hasta la locura y la muerte gracias a ti.

—Yo no...

—Olvida el teatro, Pavel. Lo sé y es suficiente. Nos vendiste, eso es todo. No sé cuánto te pagaron ni me importa, pero sea lo que sea que te dieron no podrás disfrutarlo.

—No comprendo..., cómo pudiste llegar hasta aquí...

—Te dije que era divertido. ¿Sabes cuánto me pagan por mandarte al infierno, compañero?

—No quiero saberlo... ¿Quién es ella?

Steve soltó una risita.

—Digamos que supervisa la operación. Ya ves lo que es el destino, viejo. Yo rabiaba por echarte la vista encima. Hubiera ido al infierno para cazarte. Y de pronto me dan diez mil libras, me dicen dónde estás y me piden que te liquide. Es para echarse a reír.

Pavel no pensaba en echarse a reír precisamente. El mejor que nadie sabía la clase de vengativo enemigo que tenía frente a frente, un enemigo formidable que le odiaba como un demonio y que no le concedería ni una oportunidad.

—Te confieso que nunca pensé que me encontrases. Laflin —murmuró al fin—. Al principio pensé que tú también habías muerto..., luego supe que vivías. No me gustó la cosa, pero ya no tenía remedio.

—Menos va a gustarte recibir un plomo en las tripas, ¿eh?

—¿Es así cómo piensas hacerlo, Laflin?

—¿Importa el sistema? Lo importante es que revientes de una maldita vez.

Luana murmuró:

—Estamos perdiendo mucho tiempo, querido...

—Nuestro amigo merece ciertas consideraciones. Después de todo, es el traidor más grande de la historia y...

—¡Cuidado, Steve!

Pavel había aprovechado la levísima distracción del aventurero para saltar al otro lado del lecho, llevándose con él las ropas que había sobre el respaldo de una silla.

Había un arma entre ellas. Consiguió empuñarla casi antes de que tocara el suelo después de su ágil salto.

Entonces, la poderosa «Luger» rugió una sola vez y la cabeza del miserable reventó en mil pedazos salpicando la pared que tenía detrás.

El estampido pareció multiplicarse entre los tabiques.

—Bueno, no era así cómo pensaba hacerlo —masculló Steve, acercándose al cadáver—. Ha sido demasiado rápido.

Se inclinó para tomar la pistola que el traidor no había llegado a disparar.

En aquel momento la casa pareció desplomarse sobre su nuca. Sintió un impacto terrible en la cabeza y cayó de rodillas, gruñendo. Otro mazazo le abatió de bruces en medio de un infierno de dolor, confusión e ira todo a un tiempo.

Luana, temblando, se agachó, levantó otra vez la pistola que empuñaba por el cañón y descargó un tercer culatazo con todas sus fuerzas, con lo que el gigante dejó de rebullir y quedó quieto, junto al cadáver de su propia víctima.

Durante unos breves instantes la muchacha permaneció de pie, igual que convertida en estatua de piedra. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas y sus labios temblaron violentamente.

Después, vacilando, retrocedió, apagó la linterna y abandonó la casucha precipitadamente.

Kroger había oído el disparo, aunque amortiguado por las paredes.

—¿Qué pasó, dónde está su acompañante? —jadeó al ver a Luana.

—Tuvo mala suerte... Cayó junto con Pavel. Habrá de sacarme usted de Berlín, Kroger.

—Entonces, démonos prisa. En esa fábrica debe haber un vigilante y si ha oído el disparo con toda seguridad estará llamando a la policía.

Sin hacer más preguntas, el alemán echó a andar apresuradamente seguido de la mujer. Kroger se asombró de que una muchacha tan hermosa y dedicada a semejante clase de trabajo, fuera capaz de llorar de aquel modo por un compañero perdido.

Después de todo, caían agentes todos los días de un modo o de otro...

Sin embargo, ella estaba llorando mientras se apresuraba detrás del enlace alemán. En realidad, Luana pensaba que el llanto quedaría para siempre en su corazón.

Pocos minutos después, al doblar una esquina, alguien les gritó que se detuvieran.

Era una patrulla. Kroger empezó a correr desesperadamente, y aquello desencadenó el infierno.

Los «vopos» empezaron a disparar, y todos ellos eran buenos tiradores...

CAPÍTULO VII

Steve volvió a la vida mucho antes de lo que cabía esperar, gracias a su extraordinaria fortaleza.

En los primeros instantes no se movió, sólo permitió que su mente comenzara a salir del marasmo de dolor y negrura en que estaba sumida.

Poco a poco recordó lo sucedido y la ira le invadió. La ira, y un sentimiento que no acertaba a explicarse. Tal vez dolor por la traición de Luana; o desengaño mezclado con el despecho de haber sido burlado de un modo tan inicuo.

Después probó a mover la cabeza y los brazos. Su mano tocó una pierna inerte, la de Pavel sin duda.

Al fin, la urgencia de la situación le impulsó a levantarse.

Encendió una cerilla para mirar a su alrededor. El cadáver casi decapitado del traidor estaba allí, espeluznante, horrible en medio del nauseabundo charco que había bajo el cuerpo.

Recogió su «Luger» y en aquel instante oyó voces en la calle, voces autoritarias y secas.

Se deslizó hacia la puerta. Tres o cuatro siluetas se movían fuera, bloqueando la salida.

Se aplastó contra la pared, a un lado de la destrozada madera y esperó.

Al fin, dos de aquellos hombres entraron. Uno encendió una linterna y la dirigió hacia la puerta de la habitación donde se había producido el drama.

Steve volteó la mano armada y la abatió sobre la cabeza del más cercano policía. El segundo, con la linterna en una mano y la metralleta en la otra, se volvió como un rayo.

Steve disparó una sola vez y el hombre fue empujado hacia atrás por el enorme proyectil.

La linterna rodó por el suelo antes que su propietario, quedando enfocada hacia un lado.

Sonó un grito en la calle. Tras el grito, una metralleta lanzó un raudal de proyectiles hacia el interior mientras su estrépito

estremecía la vieja casona.

Steve oyó zumbar las balas como un enjambre, pegado a la pared. Cerca de él, el «vopo» que había derribado de un golpe comenzó a rebullir, aturdido.

La metralleta calló al fin. El guardia se levantó, trastabillando. Steve adelantó un paso y le golpeó otra vez con toda su furia. Cuando cayó, lo hizo sobre su compañero, que gemía hecho un ovillo y desangrándose por el boquete del pecho.

El aventurero siguió inmóvil, casi conteniendo la respiración. Sabía que allá fuera había dos policías más. Casi podía seguir sus pensamientos ante el prolongado silencio.

Ellos pensaban que el enemigo estaba muerto después del huracán de plomo que le habían enviado, sin preocuparse poco ni mucho de que con su ráfaga podían haber acribillado también a sus propios camaradas.

Esperó, por lo tanto. Menos de un minuto después, una cabeza asomó por el rectángulo del portal.

La luz de la lámpara de mano enfocada hacia la puerta interior despejaba un poco las sombras del zaguán, permitiendo ver los dos cuerpos tendidos. El «vopo» dio una voz y entró.

Otro le siguió, la mirada fija en sus compañeros tirados en el sucio suelo.

Apenas había penetrado cuando recibió un salvaje culatazo que le mandó dando tumbos a estrellarse contra la espalda de su compañero, quien dio un grito sacudiéndose de encima aquel estorbo.

Cuando lo consiguió, una zarpa de hierro le arrancó la metralleta de las manos, arrojándola al interior.

—Camarada, lo siento por ti si eres realmente un buen patriota, porque entonces tendré que matarte.

El policía le miraba con ojos desorbitados. Sus tres compañeros caídos no contribuían a serenarle precisamente.

Steve avanzó. Sus dientes chirriaban. Disparó un puntapié que cazó al otro más abajo del cinto, doblándole hacia adelante sin que pudiera emitir ni un quejido.

Su cabeza indefensa quedó dentro del alcance de Steve. Un segundo después, el cuarto «vopo» se desplomaba sobre sus camaradas.

El herido por el único disparo de la «Luger» continuaba quejándose

a intervalos.

Fuera de eso todo era silencio.

Steve asomó la cabeza por el portal, escrutando la calle.

Estaba desierta.

Salió y anduvo pegado a las paredes lo más aprisa posible.

Notaba un agudo dolor en la nuca, allí donde Luana le había machacado tantas veces, pero quizá fuera mayor aún el extraño dolor que sentía a causa del engaño en que había caído..., por medio de la bella muchacha.

Estaba desorientado. Había sido Luana quien estudió detenidamente el plano de las calles en aquel sector, por lo tanto no tenía la menor idea de la dirección que debía tomar.

Recorrió un par de calles. De pronto, más allá de la próxima esquina vio el brillo de potentes faros y se detuvo. Le llegaron numerosas voces excitadas y alguna que otra orden que sonaba como un latigazo.

De nuevo se aplastó contra la pared y llegó hasta la esquina, desde donde dio un vistazo a lo que estaba ocurriendo en mitad de la calzada.

Había varios *jeeps* de construcción soviética parados, una ambulancia y un coche negro. El resplandor procedía de los faros de los coches enfocados hacia la acera.

En la acera, brillando bajo la catarata de luz, vio un gran charco de sangre.

Retrocedió. Buscó otro camino para, poner tierra de por medio y esta vez la suerte le acompañó, porque no se tropezó con ninguna patrulla.

Al fin, poco antes del amanecer consiguió llegar hasta la casa de Kroger, el refugio utilizado por el alemán para sus contactos con sus clientes...

Steve cerró la puerta tras él y respiró. Desde que viera el charco de sangre, tan cerca del lugar donde había muerto Pavel, que abrigaba el presentimiento de que ni el alemán ni Luana regresarían jamás.

Subió al piso y atisbé por la ventana sin encender ninguna luz. Todo estaba tranquilo y silencioso allá fuera.

Suspirando, cansado, se tendió en la cama y quedó dormido poco después.

Despertó pasado el mediodía. Sin moverse, escuchó los rumores del exterior. Los pasos de la gente, sus voces, los gritos de unos niños que jugaban no muy lejos de la casa, el aullido de un perro y la voz monótona de un aparato de radio puesto a demasiado volumen en alguna casa cercana.

De nuevo sus pensamientos derivaron hacia el incomprensible comportamiento de Luana. ¿Por qué le había golpeado, abandonándole en el escenario del crimen?

Ella sabía muy bien la suerte que le esperaba si caía en manos de la policía oriental.

Levantándose, dio un vistazo a través de los sucios cristales. Se asombró de ver tan cerca el fatídico muro que dividía la ciudad. Estaba al alcance de un tiro de piedra.

La elevada silueta de una torre de vigilancia se alzaba hacia la derecha. Había dos «vopos» en ella, cuidando de una ametralladora y vigilando incesantemente.

A unos doscientos metros de la torre había tres o cuatro casas con las puertas y ventanas tapiadas. Las mismas casas formaban parte del muro en aquel sector, y después de ellas había alambradas, campos de minas, una muralla de cemento y cables electrificados.

Pacientemente, siguió observando la calle y la torre de vigilancia. Así comprobó los intervalos de tiempo en que los guardias eran relevados, la frecuencia de las patrullas que recorrían la muralla y el cuidado con que la gente se mantenía lejos de todo aquello.

Más tarde recorrió la casa en busca de provisiones. Encontró algunas latas de conservas y sació el apetito con ellas. Después prosiguió su inspección.

Kroger no había sido un tipo ordenado ni mucho menos. Pero nada de lo que encontró le servía para maldita la cosa.

Luego cerró la noche y volvió el más absoluto silencio a la calle. Sólo a intervalos regulares, oía el sonoro paso de los grupos de «vopos» que se dirigían a relevar a sus compañeros del muro.

Había revisado la pistola durante el día, asegurándose de su buen funcionamiento. Quedaban siete cartuchos aún, pero no confiaba demasiado en la «Luger» para evadirse de aquella ratonera.

Y de pronto, alguien abrió, silenciosamente la puerta de la calle y

volvió a cerrarla con rapidez.

Steve contuvo el aliento. Si era Kroger, todo estaría solucionado. Si no...

Esperó, tenso, apenas sin respirar.

El intruso avanzó con tantas precauciones que supo por anticipado que no se trataba del enlace alemán.

Después, un fino rayo de luz penetró hasta la estancia en que él aguardaba, aunque sin descubrirle. Detrás de la diminuta linterna eléctrica apareció un hombre alto y delgado que adelantó dos pasos. Antes que pudiera dar el tercero Steve le incrustó la pistola en la espalda y gruñó en alemán:

—¡No te muevas si quieres seguir respirando!

El desconocido expulsó violentamente el aire de sus pulmones. Se puso rígido, pero no trató de resistirse.

—¿A qué has venido? —indagó Steve.

—Usted... Usted no es...

—No soy Kroger, si es eso lo que quieres saber.

—¿Policía?

—Tampoco.

—No es alemán..., su acento le delata. Comprendo —dijo, desalentadamente—. Ruso, naturalmente.

—No aciertas una, camarada.

Le tanteó de arriba abajo sin encontrarle ni rastro de arma alguna.

Sólo entonces se apartó de él y gruñó:

—Está bien, deja la linterna en el suelo y vuélvete.

El hombre obedeció. Se quedó mirando primero la pistola y después expresó su asombro ante el gigante.

—¿Qué estaba usted haciendo aquí si no es policía? —balbució.

—Soy un amigo de Kroger. Él debía ayudarme a cruzar al otro lado.

—¿Es cierto eso?

—No tengo documentos firmados, maldita sea.

—Kroger ha muerto.

Steve gruñó:

—Eso es un fastidio. ¿Cómo sucedió?

—No sé cómo le descubrieron. Le mataron en la calle, esta noche pasada, mientras huía en compañía de una mujer inglesa.

El corazón del aventurero dio un brinco.

—¿Y esa mujer, murió también?

—Dicen que está herida. Se la llevaron en una ambulancia.

—Comprendo..., no va a pasarlo muy bien que digamos. Ahora veamos por qué viniste aquí esta noche.

—Quería asegurarme que Kroger no había dejado nada que pudiera comprometerlos a los demás del grupo, eso es todo.

—Yo he registrado la casa durante todo el día. No hay nada comprometedor para nadie aquí.

—¿Está seguro?

—Completamente. He hecho un buen trabajo.

—Menos mal. ¿Ha bajado al sótano?

Steve dio un respingo.

—Ni siquiera sabía que hubiera un sótano. No vi ninguna entrada a él.

El desconocido sonrió.

—Eso demuestra que ellos tampoco podrán encontrarlo a menos de echar abajo las paredes...

—Veamos si acierto en mis sospechas. ¿Tú te dedicas al mismo trabajo que el amigo Kroger?

El hombre asintió. Era joven y pasados los primeros minutos de temor demostraba una firmeza poco común.

—Ciertamente —dijo sin dejar de sonreír—. Si él se disponía a pasarle al otro lado, ahora lo haré yo.

—¿Cuándo?

—¿Tiene usted prisa?

—¡Infiernos! Quisiera estar a mil millas de aquí en dirección al Oeste.

—Entonces, venga conmigo.

Tomó otra vez la pequeña linterna eléctrica y le guió hacia la habitación que servía de dormitorio en la planta baja.

—Sostenga la linterna un momento —dijo, deteniéndose junto a la cabecera de la cama.

Se tendió en el suelo y arrastrándose desapareció debajo del lecho. Steve le oyó jadear y después hubo un seco chasquido y el hombre murmuró:

—Listo... Aunque usted es muy corpulento, creo que pasará.

Agachándose, Steve vio que un bloque de cuatro baldosas había sido levantado y en el suelo quedaba un negro agujero cuadrado.

—Métase ahí y déjese caer. No es muy profundo. Abajo es un poco

más ancho para que uno pueda revolverse y después hay un túnel, pero tan reducido que hay que pasar arrastrándose. Sígalo hasta que encuentre un montón de maderas viejas que cierran la salida.

—¿Y...?

—Apártelas con cuidado. No conviene hacer ruido. Saldrá usted en el sótano de una casa abandonada del otro lado, en el sector inglés.

—Es asombroso... Gracias, amigo. ¿Te importaría decirme cómo te llamas?

—¿Qué importa un nombre más o menos, señor? Buena suerte. Hasta hoy, nunca nos ha fallado esa vía, pero no diga nada a los ingleses cuando llegue allá. Podrían cometer una indiscreción. Steve le estrechó la mano. No estaba acostumbrado a tropezar con hombres como aquél, que se jugasen la vida sin pedir dinero a cambio.

Era una experiencia nueva.

—No te olvidaré, amigo —prometió—. Tal vez algún día pueda hacer algo por ti. Mi nombre es...

—No quiero saberlo, señor.

—¿Por qué?

—Pueden capturarme algún día y entonces hablaré. Ellos tienen medios de obligar a un hombre a decir todo lo que quieren. Cuanto menos sepa menos podré decirles.

—Comprendo.

Se tendió en el agujero, realizó algunas contorsiones y al fin se dejó caer por el oscuro agujero.

Sus pies tocaron un suelo blando de tierra. Sobre su cabeza, el bloque de baldosas fue colocado en su lugar y Steve se encontró inmensamente solo en la más absoluta negrura.

Tanteó alrededor hasta localizar el agujero, casi a ras de suelo. Sus anchos hombros rozaron a ambos costados cuando se introdujo en él y por un fugaz instante temió que no pudiera entrar.

Después, arrastrándose como un gusano, se lanzó hacia la solitaria aventura que le llevaría a la libertad.

Fue un recorrido angustioso e interminable. El agujero estaba excavado en la tierra y pronto se encontró cubierto de ella. Tierra que se desprendía de los lados y encima de él, sobre su cabeza.

Se detuvo varias veces para recobrar el aliento y sacudirse la tierra del rostro. Después, cuando llevaba avanzando un tiempo que se le

antojó eterno, paró para escuchar porque debía encontrarse cerca de la salida.

No tropezó con ningún inconveniente. La barrera de viejas maderas estaba como le anunciara su providencial guía. Las apartó con cuidado, contento de poder levantarse al fin. Después, siempre en silencio, volvió a colocarlas como estaban, ocultando el túnel que llevaba a los hombres a la libertad.

Si tenían suerte, por supuesto.

Ni Kroger ni Luana la habían tenido.

Steve pensó que alguien iba a tener que dar un sinfín de explicaciones... Alguien que esperaba en Londres el final de tan descabellada aventura.

* * *

Arthur Fields le miró, ceñudo, desde el otro lado de la mesa.

—Siéntese, Laflin, y trate de calmarse.

—¿Calmarme? Le dije que le retorcería el cuello y eso es lo que voy a hacer.

—No se lo aconsejo, por muchas razones que sería prolijo enumerar. De todos modos, déjeme decirle que estuvo usted a punto de desbaratarlo todo.

—¡Hombre, no me diga! Así que yo estuve a punto de echarlo todo a rodar, ¿eh? Me pregunto qué clase de bastardo es usted, Fields. Me mandó al matadero en complicidad con Luana. Todo lo que yo quiero saber, antes de aplastarle la nariz, es el porqué. La razón para una porquería como ésta.

—Siéntese, ¿quiere? No me gusta hablar mirando hacia arriba.

Steve bufó, furioso como pocas veces lo estuviera a lo largo de su turbulenta vida.

Pero acabó sentándose.

—Ahora, Laflin, cuénteme todo lo sucedido. No olvide nada, aunque a usted le parezca algo sin importancia.

—Creí que era usted quien iba a hablar.

—Después. Ahora yo sólo escucho.

Rechinando los dientes, Steve contó sus aventuras al otro lado del famoso muro de Berlín.

Cuando terminó, Fields runruneó:

—Por lo menos, Pavel está muerto. Oiga, ¿mató al «vopo», o sólo le hirió?

—Se quejaba cuando me largué de aquellos alrededores.

—Menos mal. No nos conviene sentar ese precedente.

—¿De qué habla, maldito sea usted? Ordena asesinar, traicionar y Dios sabe cuántas indignidades más, y ahora le repugna que pueda morir un «vopo» cualquiera, armado hasta los dientes y que estaba dispuesto a llenarme de plomo.

—Mis escrúpulos son estrictamente políticos, Laflin. La muerte de uno de sus hombres les obligaría a endurecer todavía más su postura. A propósito, ¿cómo logró escapar del sector oriental?

—Eso maldito si le importa a usted.

—Bien, dejemos ese detalle y continuemos con aspectos más concretos de este asunto.

—Déjese de palabrerías también y al grano. ¿Por qué iban a sacrificarme ustedes?

Fields sonrió.

—No era propiamente un sacrificio, Laflin. Por descontado que usted hubiera pasado por algunos malos tragos... Ellos no son blandos interrogando a sus prisioneros. Pero hubiera acabado regresando a Inglaterra sano y salvo.

—¡No me diga! ¿Cómo, volando con un par de alitas blancas en mi espalda?

—No le hubieran matado en ningún caso, créame.

—¿Por qué? Está hablando mucho y no me dice nada.

—Un canje, Laflin, solamente un canje.

—Rueño, maldito si le comprendo. ¿A quién debían canjear?

—A un espía ruso que tenemos en nuestras manos.

—¡Max Kuppel! —exclamó el aventurero—. Leí en el periódico que le habían detenido...

—Acertó.

—Sigue siendo lo más absurdo que oí en mi vida.

—Sería mejor que no preguntase usted nada más, Laflin.

—Quiero saberlo, Fields. Han jugado sucio conmigo y si me apuran demasiado estoy dispuesto a convocar una rueda de Prensa revelando la verdad de lo sucedido. Armaría el mayor escándalo de la historia de su maldito departamento.

Fields arrugó el ceño.

—Eso podría costarle muy caro.

—Entonces, hable.

—Está bien, me tiene atrapado, ¿eh? —suspiró Fields—. Pero he de advertirle que si revela aunque sólo sea una milésima parte de lo que oiga no tendrá muchas otras ocasiones de hablar.

—No me amenace si quiere terminar la fiesta en paz.

—Vamos a lo que le interesa. Max Kuppel fue descubierto hace mucho tiempo. Le trabajamos a fondo y acabó pasándose a nuestro bando. Pero para que fuera efectivo necesitábamos que regresara al otro lado, ¿comprende? Que regresara y que sus jefes no sospechasen nada.

Una vez estuviera allí podría facilitarnos datos de un valor incalculable. Le hicimos subir como la espuma ante los jerarcas que manejan el espionaje más allá del «Telón», y para ello no nos importó darle informes secretos de gran valor. Bien, sus jefes se entusiasmaron con lo que Kuppel estaba enviándoles. Entonces le echamos públicamente el guante, cuando usted ya estaba comprometido para pasar al sector oriental donde sería capturado. Todo se iba a desarrollar con absoluta normalidad, si puedo expresarlo así. Ha sucedido otras veces y seguirá sucediendo en el futuro. Bien, después del escándalo de ritual, le hubiésemos canjeado por Kuppel y la maquinaria hubiera estado en marcha.

—Ya veo... Entonces, Pavel...

—Oh, por ese lado puede estar tranquilo. Gregory Pavel iba a entregar la lista fatídica de que le hablé.

—Y debía morir.

—¿Había otra salida si queríamos evitar un sacrificio en masa de valiosos elementos?

—Fields, los mercenarios tenemos mala Prensa, pero usted es el tipejo más nauseabundo con que tropecé jamás. Usted y su maldito departamento secreto y toda la basura que manejan.

—Si insultándome ha de sentirse mejor, adelante. Puedo soportarlo.

—Lo creo. Si hubiese sabido esto, Fields, ahora estaría usted lamentándose del instante en que se le ocurrió complicarme la vida.

—Afortunadamente, usted sólo lo estropeó a medias. Aún tenemos a Luana en el otro lado. Con un poco de teatro servirá para devolver a Kuppel con sus jefes mediante un canje espectacular.

—De modo que eso es todo lo que a usted le interesa. Luana no es

más que otro peón en su sucio juego.

—Ella sabía los riesgos a que se exponía al trabajar para nosotros. Steve se levantó. La ira bullía dentro de él. Sus ojos lanzaban llamas y al erguirse en toda su estatura Fields se dio cuenta de que si aquella masa de músculos enfurecidos se disparaban iba a pasarlo muy mal.

—¡Cuidado, Laflin! —le advirtió—. Incluso yo tengo un límite de tolerancia.

—Lo único que usted tiene es un cinismo que asusta.

Rodeó la mesa. Fields se levantó, asustado. Tanteó en el borde de la mesa hasta encontrar un botón que presionó repetidamente.

Steve disparó la zarpa y agarró a Fields por las solapas, levantándolo en el aire, zarandeándolo como a un muñeco.

La puerta se abrió de golpe. Los dos guardaespaldas que ya conocía entraron en tromba en el instante en que él disparaba su puño semejante a una roca y Fields salía volando contra la pared, en la que se estrelló con un tremendo impacto.

Steve giró sobre los talones. Lanzó un salvaje puntapié hacia arriba y levantó al primero de sus atacantes, que lanzó un quejido agónico y se derrumbó.

El otro se detuvo en seco. Hundió la mano en la axila y extrajo una aplanada pistola automática, mientras procuraba mantenerse fuera del alcance de aquel coloso enfurecido.

—¡Deténgase! —gritó—. Me obligará a disparar y le juro que lo haré encantado.

Steve se detuvo, frotándose una mano contra otra. Miró la pistola y después al hombre.

—Sí —gruñó—, creo que estaría usted encantado volándome los sesos.

—¡Retroceda hasta la pared, allí, junto a la ventana!

—No se ponga más nervioso de lo que ya está, compañero.

Fue a buscar el apoyo de la pared y encendió un cigarrillo.

Fields empezaba a quejarse mientras sacudía la cabeza con cuidado. El otro estaba enroscado sobre sí mismo, maldiciendo en todos los tonos y quejándose al mismo tiempo.

—¿Está usted bien, señor? —balbució el de la pistola.

Fields se levantó con dificultad. Ya no parecía tan atildado como de costumbre.

—Norton —barbotó—, creo que si hubiese usted disparado contra ese saco de músculos no se lo hubiera reprochado.

—Aún estamos a tiempo, señor.

Fields sacudió la cabeza.

—Ya no. Pasada la excitación del momento hemos da continuar razonando como seres civilizados. Ocúpese de Mars, ¿quiere?

—Sí, señor.

Steve gruñó:

—¡Razonando como seres civilizados! ¿Dónde está la civilización en su maldito trabajo?

—Usted ya habló demasiado, Laflin. La doy veinticuatro horas para abandonar Inglaterra. Pasado ese tiempo le perseguiré con todos los medios de que dispongo. Igualmente actuaré contra usted si revela cualquier detalle de lo que sabe. ¿Está claro?

—Diáfano, desde luego.

—Eso es todo. Lárguese de aquí al infierno y no vuelva.

Se fue, satisfecho por haberle dado parte de su merecido a aquel hombre sin sentimientos que sacrificaba seres humanos como si fueran piezas de una partida de ajedrez.

Luego pensó en Luana y su satisfacción se evaporó.

Ella se había prestado al sucio juego de su jefe, desde luego, pero ahora estaba pagándolo a un precio desorbitado.

Un odio sordo, ciego, salvaje contra Fields le invadió.

Sabía bien la clase de medios que se valían los Servicios Secretos del otro lado del «Telón», y al pensar en ellos ahora, relacionándolos con Luana, no podía evitar una terrible angustia.

—¡Ese sucio bastardo! —Gruñó entre dientes una y otra vez.

No regresó a su apartamento hasta avanzada la noche. Temía quedarse solo porque era cada vez más intensa la imagen de Luana que, tenazmente, llenaba su cerebro.

Sabía cómo trataban los hombres de la MVD o sus colegas del KGB a los desgraciados que caían en sus manos.

No se limitaban a someterlos a los conocidos «lavados de cerebro», quizá porque eso lleva tiempo para obtener los resultados apetecidos. Eran tratamientos más brutales, sesiones psiquiátricas acompañadas por administración de drogas implacables que jamás perdonaban. Conseguían que las mentes de esos pobres seres fueran retorcidas, desmenuzadas, machacadas y aplastadas hasta obtener

resultados casi traumáticos.

El desgraciado que sufría esas experiencias jamás volvía a ser una persona normal. Los había que acababan locos; otros parecían retrasados mentales..., algunos se quitaban la vida. Pero en cualquier caso, ninguno de los que regresaban del infierno volvía a servir para el trabajo que realizara con anterioridad para el Servicio Secreto. No servían para ninguna clase de trabajo.

Y Luana estaba ahora en poder de esas fuerzas oscuras, malignas como el demonio, y todo gracias a Fields.

Odiaba a Fields. Ahora estaba seguro de sentir un odio frío y despiadado hacia aquel hombre sin nervios.

Comenzó a preparar una vez más su equipaje, en esta ocasión llenando todas las maletas. Cuando terminó se acostó, pero no pudo dormir en toda la noche.

Su mente era un caos y de ese caos tan sólo surgían ideas de muerte...

CAPÍTULO VIII

Los aviones rugían sobre el aeropuerto de Heatrow. La gente se apiñaba en la gran sala de espera mientras los altavoces anunciaban los sucesivos vuelos con puntos de destino en todas las partes del mundo.

Steve facturó todo su equipaje con destino a París. Tras esto, fue a comprobar su precipitada reserva de pasaje y junto al mostrador de la compañía aérea encontró a Fields y sus dos inseparables guardianes.

Se detuvo, sintiendo hervir la ira dentro de él.

Fields sonrió.

—Vamos al bar, Laflin. Hablaremos con más calma.

—No tengo nada que hablar con usted. Lárguese y déjeme en paz.

—No es usted muy sociable, ¿eh? No importa. Hablaremos en el bar.

Los dos guardaespaldas casi le empujaron. Sintió grandes tentaciones de empezar una buena gresca allí mismo, en medio de toda aquella gente. Pero pensó en Luana y lo dejó correr. Quizá fueran noticias de la muchacha lo que Fields tenía...

Así que se dejó llevar hasta la barra del bar. Los dos hombres se quedaron a cierta distancia, mientras él y el hombre que más odiaba en el mundo se encaramaban a sendos taburetes.

—Esta vez le invito yo, Laflin —dijo el atildado jefe del Servicio Secreto—. Tómelo como un acto de buena voluntad.

—Un *whisky*.

Esperaron hasta que les hubieron servido. Fields probó el suyo y runroneó, satisfecho.

—Excelente —aprobó—. Un *whisky* de primera calidad...

—Al grano, Fields. No estoy muy seguro de poder contenerme mucho tiempo.

El hombre mostraba en el rostro la huella del brutal golpe recibido el día anterior, pero no parecía importarle mucho.

Dijo:

—Pensé que le gustaría saber las últimas noticias de Luana, Laflin.

—¿Vive?

—Sí, aunque fue herida cuando mataron a Kroger, pero parece que no es nada grave.

—Gracias por venir a decírmelo.

—Pensé que le gustaría saberlo.

—Ya lo sé. Ahora lárguese. Mi vuelo sale dentro de unos minutos.

—Hacia París, tengo entendido.

—Eso es.

Va usted a cambiar de rumbo, Laflin.

—Ahora es cuando se la gana usted —gruñó, chirriando los dientes.

—No crea que podrá repetir lo de ayer... Mis hombres tienen órdenes concretas ahora. Dije que va a cambiar de rumbo, y tengo la certeza de que me lo agradecerá.

Steve bufó, furioso.

—¿Agradecérselo? —estalló—. Tanto como la mordedura de una serpiente. Lo único que deseo con respecto a usted es aplastarle, hundirle hasta el fondo del infierno.

—Estoy acostumbrado a no tomar en cuenta los sentimientos personales en mi trabajo. Volverá usted a Berlín. ¿Qué le parece?

—Muérase.

—Lo he dispuesto todo. Después de reflexionar profundamente, llegué a la conclusión de que usted sentía cierto interés..., digamos sentimental hacia Luana. ¿Me equivoco?

—Debió pensarlo muy profundamente, ¿eh? Ella me sacudió, dejándome inerte para que fuera cazado como una liebre.

—No obstante, usted se enamoró de ella. No sé qué sucedió entre los dos ni quiero saberlo. Bien, voy a facilitarle el papel de héroe ante los ojos de su dama.

—Me pregunto dónde quiere recibir el puñetazo esta vez.

—No sea testarudo. En Berlín realizará los trámites para el canje de Luana por Max Kuppel. Estoy seguro que no habrá dificultades. Ellos estarán ansiosos por recuperar a su brillante agente. Y nosotros estamos más ansiosos todavía de que lo recuperen.

—Está usted tentando al destino, Fields.

—¿Quiere sacar a Luana del Berlín Oriental, sí o no?

—Usted sabe perfectamente que cuando la devuelvan no será ni sombra de lo que fue.

—No sucederá así si nos damos prisa. Ella está herida, no podrán

presionarla demasiado sin arriesgarse a que se les quede entre las manos, y si hay algo que ellos no desean es precisamente que esa muchacha muera.

Steve llamó al mozo y pidió otro *whisky*.

En aquel instante por los altavoces anunciaron el vuelo con destino a París. Se estremeció.

—Iré a Berlín —dijo con voz sorda.

Fields no pudo contener un suspiro de satisfacción.

—Confiaba plenamente en que aceptase esta oportunidad.

El mozo colocó el nuevo vaso ante él. Steve lo vació de un trago y masculló:

—¿Cómo hay que hacerlo?

—Hay un tipo en Berlín que tiene una librería. Es un enlace del KGB con el que usted se pondrá en contacto. Ese hombre le facilitará una entrevista con alguien responsable del otro lado con toda seguridad. Deberá mostrarse usted resuelto y seguro del terreno que pisa, dando a entender que sabe perfectamente el valor de Max Kuppel. No pida, ¿entiende? Exija. Ellos quieren librar a su hombre de nuestras manos a cualquier precio.

—Muy bien, supongamos que dan largas al asunto mientras exprimen a Luana. ¿Qué he de hacer?

—Me temo que en este caso sólo nos restará esperar, Laflin.

—Ya veo. No le importa a usted que la hagan pedazos, ¿verdad?

—No se ponga usted melodramático, hombre. Estoy seguro que todo saldrá bien.

El masculló una sarta de insultos con voz apenas contenida.

Fields sonrió pacientemente.

—¿Ha terminado, Laflin?

—He terminado.

—Muy bien, ahora escúcheme con atención. Exija que el canje se efectúe en el sector inglés de Berlín. Jugaremos limpio si ellos lo hacen. Tan pronto usted nos avise de que están conformes enviaremos a Max Kuppel en avión custodiado de modo espectacular para darle carácter al asunto. ¿Entendido?

—Por completo.

Le dio un pequeño papel, y dijo antes de saltar del taburete:

—Éstas son las señas de la librería, Laflin. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna.

—Buena suerte entonces. Esperaré sus noticias con impaciencia. Se fue sin hacer ademán de estrecharle la mano. Tras él echaron a andar sus dos guardaespaldas y los tres desaparecieron más allá de las cristaleras.

Steve se quedó allí un poco más de tiempo. Bebió otro *whisky* y fumó un par de cigarrillos, pensando furiosamente en aquel nuevo giro en el que se veía envuelto.

Poco a poco fue dominando su ira. Era como una marea que se retiraba dejando un mar en calma en sus sentimientos.

Cuando abandonó el mostrador se vio obligado a pagar todo el gasto, porque Fields se había olvidado de hacerlo. Eso volvió a ponerle de pésimo humor.

Hizo los arreglos para el nuevo pasaje, pero no varió el destino de su equipaje, que iría destinado a París.

Si Fields hubiera penetrado en su mente, con toda seguridad se hubiese inquietado en gran manera al captar sus retorcidos pensamientos.

Afortunadamente para Steve, Fields contaba con inmensos recursos, pero aún no había conseguido penetrar en la mente de un hombre, así que por ese lado el aventurero tenía los triunfos en su poder.

Y se disponía a jugarlos..., a su manera.

CAPÍTULO IX

Steve entró en la librería del enlace del KGB y se entretuvo recorriendo los estantes y mostradores esperando que los escasos clientes se largaran.

El librero era un hombre de unos cincuenta años, sin nada destacable como no fuera su extremada delgadez. Estaba sentado al fondo, junto a la caja, mientras un dependiente atendía a los clientes que se decidían por un libro u otro.

En su recorrido, Steve llegó muy cerca del hombre. Éste esbozó una sonrisa profesional al preguntarle:

—¿No encuentra nada de su agrado, señor?

—Lo que yo deseo encontrar está al otro lado del Muro, señor Kahma.

La sonrisa se esfumó de la cara pálida del dueño de la librería.

—Temo que no comprendo lo que quiere decir, señor.

—Lo sabe muy bien, *herr* Kahma. Quiero que lleve un mensaje urgente a sus amos. Es importante..., para ellos.

—Sigo sin entenderle, de veras. Debe haber un error.

—El error lo cometerá usted si continúa fingiendo y haciéndome perder el tiempo. Acabo de llegar de Inglaterra. Dígales a sus amos que tenemos a Max Kuppel. Estamos dispuestos a efectuar un canje, pero no queremos dilaciones ni excusas. Trato franco y directo. ¿Entendido?

—Mire, yo...

—Siga con su comedia. Volveré a la noche, *herr* Kahma, y para entonces espero que tenga usted una respuesta concreta.

Giró sobre sus talones y salió del establecimiento.

Cuando, tres minutos después, volvió a asomar la cabeza por la puerta, el librero ya no estaba ante la caja. Había desaparecido en la trastienda.

Sonriendo satisfecho, Steve dedicó el tiempo a recorrer la ciudad una vez más, pensando en Luana, en Fields y sus retorcidas ideas, en lo que estarían haciéndole a la muchacha y en la manera de preservar su integridad tanto física como mental.

No ganaría nada si conservaba sano el cuerpo pero perdía la claridad de su mente.

Volvió a la librería después de cenar, en plena noche.

Los escaparates estaban cubiertos por las persianas metálicas y la puerta cerrada. No obstante, Steve no dudaba de que alguien estaba allí dentro, esperándole.

Llamó con energía en la puerta. Pasó casi un minuto y volvió a llamar.

Esta vez, un cerrojo se descorrió en la parte interior.

El librero Kahma quedó enmarcado en el umbral.

—Entre —murmuró.

—¿Hizo lo que le pedí?

—Vaya al despacho, allí, detrás de la Caja. Alguien está esperándole.

El salió y cerró por fuera. Un tipo muy discreto, pensó Steve mientras atravesaba la tienda sumida ahora en una suave penumbra.

El despacho era de reducidas proporciones, o quizá parecía más pequeño a causa de las estanterías que cubrían todas sus paredes, abarrotadas de libros.

El hombre que estaba sentado en un ángulo de la mesa también contribuía a empequeñecer la estancia con su tamaño.

Casi tan alto como Steve, era redondo y fofo, una auténtica mole de grasa que parecía como si fuera a echarse a rodar en cualquier momento.

Sus ojillos astutos tenían un brillo casi alegre. Eran agudos y penetrantes como agujas, pero nada en él daba la sensación de poder o peligrosidad.

—¿No quiere sentarse? —dijo cordialmente—. *Herr* Kahma parecía muy impresionado por su anterior visita, señor Laflin.

—Que yo recuerde, no le di mi nombre al librero.

Oh, vamos, ¿quién se preocupa por esas pequeñeces? Usted es Steve Laflin, un joven muy emprendedor, me atrevería a decir.

—Ya no tan joven. ¿Y usted, quién demonios es?

—Me llamo Burman Pavelich. Si le resulta difícil expresarse en mi idioma podemos hablar inglés. ¿Sí?

—Muy bien.

—Pero siéntese, por favor.

Steve se puso en guardia. Ahora que oía hablar a la bola de grasa captaba en él los matices de peligro que presintiera otras veces ante hombres de apariencia inofensiva, pero tan peligrosos como serpientes venenosas.

—Según nuestro amigo Kahma —empezó el alemán—, tiene usted algunas brillantes ideas respecto a cierto amigo común retenido en Inglaterra momentáneamente.

Steve soltó un gruñido.

—Olvide las florituras para hablar conmigo, *herr* Pavelich. He venido a tratar un negocio con alguien responsable del sector oriental. Se me indicó que por medio del dueño de esta librería la cosa sería factible y aquí estoy. ¿Tiene usted atribuciones para concertar un canje?

—Se me ocurre que es usted un hombre muy apresurado...

—¿Sí o no?

—Digamos que soy un Simple intermediario.

—Yo no trato con simples intermediarios, *herr* Pavelich. Mi tiempo es importante.

—Usted y yo tenemos diferentes conceptos del tiempo, por lo que veo.

—Concretamente, ¿quieren ustedes canjear a su agente Max Kuppel, por Luana Ray, actualmente en su poder? Ésta es la cuestión, sin rodeos de ninguna clase.

El alemán sonrió, removiéndose con evidente inquietud. Parecía haber perdido algo de su anterior petulancia.

—¿Bajo qué condiciones? —inquirió.

—Nada de condiciones por ninguna de las dos partes. Su hombre a cambio de la mujer. Es así de sencillo.

—De «su» mujer..., digamos.

—¿Lo sabe también?

—No nos crea estúpidos, por favor. Sabemos que estuvo usted en nuestro sector de Berlín. Sabemos que mató a Gregory Pavel, cuando él estaba a punto de facilitarnos algo de capital importancia para nosotros... Podríamos decir que tanto yo como mis superiores estamos muy disgustados con usted.

—¿De qué está hablando? —Gruñó Steve, seguro de apuntarse un tanto—. Pavel estaba sentenciado a muerte por mí hace muchos años.

—¿Cómo?

—Si su servicio de información fuera tan bueno como presumen, sabrían que Gregory Pavel vendió a un grupo de mercenarios en Biafra. Una traición sucia que le reportó un puñado de miles de dólares. Más de veinte hombres fueron bárbaramente mutilados antes de matarlos. Yo conseguí escapar por milagro. Entonces juré que donde encontrase a Pavel le mataría.

Burman Pavelich había arrugado el ceño. Estaba profundamente preocupado.

—¿Es cierto eso?

—Sin ninguna duda.

—Puedo comprobarlo con facilidad, Laflin.

—Hágalo, pero no me haga perder el tiempo.

—¿Quiere decir que no vino en busca de Pavel por orden del Servicio Secreto inglés?

—Usted está loco.

—Entonces, su compañera, esa mujer que se hizo pasar por su esposa...

—Ella no sabía en lo que iba a meterse cuando la traje conmigo.

—Démoslo por bueno. Pero ahora actúa por cuenta de los británicos.

—Sí. Quiero salvar a Luana, y ella es importante en cierta forma. Sus familiares en Inglaterra han movido los resortes convenientes para obtener el canje.

El alemán esbozó una tibia sonrisa.

—Tengo la impresión de que miente usted, *herr* Laflin... Pero es lo bastante hábil para mezclar de modo inteligente los embustes con las verdades. Habré de comprobarlo.

—¿Cuánto tiempo le llevará hacerlo? Tengo interés en sacar a esa pobre chica del lío en que se metió por mi culpa, pero nada más.

—Tal vez mañana pueda darle una respuesta. ¿Sí?

—A esta misma hora si le parece.

—Está bien. Aquí mismo.

—Antes de irme, dígame, ¿cómo está ella?

—Muy bien... La herida no fue grave. La bala le atravesó el hombro, eso fue todo. Claro que perdió mucha sangre y se encuentra débil todavía...

—¿En una celda?

—¡Por favor, no somos esa clase de salvajes, *herr* Laflin! Su bella amiga se encuentra en el hospital, perfectamente atendida..., y por supuesto, custodiada.

—Eso me tranquiliza. Hasta mañana, *herr* Pavelich. El alemán pareció un tanto decepcionado por la brusca despedida. Esperó unos minutos y entonces él también abandonó la librería.

Dio unas instrucciones al propietario del negocio, montó en un pequeño coche negro y se alejó.

* * *

La escena se repitió a la noche siguiente. A la misma hora, Steve Laflin entró en la tienda, el librero salió y el gordo Pavelich estaba en el despacho, esperándole jovial y sonriente.

—¿Y bien? —le espetó el gigante por todo saludo.

—Es usted un hombre demasiado impaciente. Déjeme decirle que también es un hábil mentiroso...

—Yo podría insultarle con epítetos más sonoros que éste si me lo propusiera.

—No lo dudo. Ayer casi me convenció... Casi solamente. Parte de lo que me contó era cierto... Todo lo referente a Biafra y a la traición de Gregory Pavel. Muy bien. Pero todo lo demás no se ajusta a la realidad y usted lo sabe.

Steve suspiró.

—Por lo menos, debía intentarlo, ¿no cree?

—Es usted un buen jugador, amigo mío.

—Al grano. ¿Qué hay del canje?

—En principio, mis superiores están conformes..., con algunas pequeñas modificaciones.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, la bella señorita no está repuesta aún para ser trasladada, usted sabe... No podemos efectuar un canje inmediato.

—Más claro.

—Dentro de un mes, quizá...

Steve sintió una corriente de hielo atenazarle los nervios.

—¿Un mes? —murmuró.

—Vuelva usted dentro de treinta días. Nos encontraremos aquí y fijaremos los detalles.

—Son ustedes unos canallas, *herr* Pavelich.

—Ya dijo antes que podría insultarme, ¿recuerda?

—Quieren retenerla durante todo ese tiempo para destruirla, para someterla a sus malditos tratamientos psiquiátricos y que nunca más vuelva a ser una mujer en sus cabales. ¿No es así?

La mirada fría del alemán centelleó.

—Usted trata de calumniarnos, *herr* Laflin...

—¡Conteste! ¿Es así o no?

—Reconozca que tenemos derecho a... digamos interrogarla a fondo, ¿no? Después de todo, ella entró en nuestra zona y se hizo cómplice de un crimen.

—Ya veo.

—Treinta días, amigo mío. Pasan pronto si uno se detiene a pensarlo.

—¡Miserable...!

—Vamos, vamos; para usted, éste es un trabajo como otro cualquiera. Es un profesional..., y de los mejores, según mis informes.

—Sus informes son completamente ciertos.

Había una nota venenosa en su voz. Algo letal que producía escalofríos.

Burman Pavelich comenzó a preocuparse.

—No se excite, amigo mío. Todos los que abrazamos nuestra profesión aceptamos los riesgos que trae consigo. ¿No es cierto?

—Ésa es una gran verdad.

El odio bullía en sus pupilas. Se reprochó a sí mismo el hecho de dejarse dominar de aquel modo por la ira que sentía, pero ahora sabía a qué atenerse y por lo menos estaba seguro de que Luana no tenía salvación.

El alemán se levantó pesadamente.

—Recuerde, treinta días. Puedo garantizarle que entonces cerraremos el trato sin dificultad alguna.

—Será demasiado tarde..., para ella.

—Quién sabe. Buenas noches, *herr* Laflin.

—Aún no hemos terminado.

—Por lo que a mí respecta, sí.

—Ha estado usted jugando conmigo, porque usted sabía desde el principio que no soltarían a Luana Ray hasta haberle estrujado el

cerebro. ¡Lo sabía desde el principio!

—No grite, jamás he permitido que nadie me levantara la voz.

Steve rió. Una risa que sonó como el chirrido de una sierra.

—Voy a hacer algo más que gritarle, bola de grasa.

Saltó como disparado por un resorte. Su puño golpeó primero la enorme barriga del alemán y se hundió hasta la muñeca. Pavelich boqueó, mientras hundía la mano bajo la chaqueta.

Un trallazo terrible a la cara le derribó. La pistola que casi había logrado sacar escapó de su mano y el hombre empezó a gemir.

Steve, perdido el control, se arrojó sobre él. Sus dedos como garfios de acero se clavaron salvajemente en el grueso y casi inexistente cuello del emisario del KGB.

Pavelich jadeó. Trató de luchar, pero hubiera sido lo mismo si hubiera intentado mover una montaña de granito con las manos desnudas.

Los dedos se hincaron más y más.

Sus ojos giraron enloquecidos en las órbitas.

Dejó de luchar.

Los ojos se detuvieron. Eran como dos cuentas de vidrio.

Steve se levantó. Notó el temblor de sus piernas, el furor salvaje que le dominaba. Maldijo a Fields y al mundo entero.

Cuando abandonó la librería, sabía ya que sólo le quedaba una cosa por hacer.

O morir, o matar.

CAPÍTULO X

Steve recorrió las desiertas calles pisando como un gato, sacudiéndose de encima la tierra que se le había adherido al pasar por el túnel secreto que utilizara para su fuga.

Había comprado un plano en el sector occidental, aprendiéndose de memoria el trazado de las calles por el camino que habría de recorrer.

Y ahí estaba, deslizándose como una sombra hasta llegar a las inmediaciones del iluminado hospital.

Se ocultó entre los arbustos escrutando el terreno. Sabía que aquélla era la empresa más descabellada de su vida, un suicidio con todas las agravantes, pero iba a hacerlo.

Al infierno Fields y sus retorcidos planes. Al diablo el canje y todo lo demás.

Sólo había una cosa que importara: Sacar a Luana del hospital o hacer que les mataran a los dos.

Muchas veces había pensado en la muerte. Era cierto que apenas si le importaba, pero no permitiría que destrozaran a la muchacha si podía evitarlo. Y en última instancia...

Acarició la tibia culata de la pistola que llevaba empuñada dentro del bolsillo.

Vio partir una ambulancia. Unos enfermeros vestidos de blanco cruzaron cerca de él y entraron en el hospital por una puerta lateral.

Más allá, una pareja de «vopos» se aburrían dando lentos paseos.

Steve se arrastró hasta perderlos de vista. Entonces, levantándose, se encaminó resueltamente hacia la puerta por la que habían entrado los enfermeros.

Nadie le cerró el paso. Se encontró en un pasillo que olía a desinfectante. Vio varias puertas cerradas que comunicaban con dependencias de servicio y una escalera al final. Se dirigió a ella.

Antes que empezara a subir un hombre vestido de blanco apareció, descendiendo confiadamente a pesar de haberle visto.

—¿Qué hace usted aquí? Éstas son las dependencias del personal —

le espetó.

Steve murmuró:

—Temo que me extravié...

El médico acabó de llegar junto a él. Antes de comprender qué sucedía, unas manos semejantes a garras le sujetaron inmovilizándolo.

Junto a su oído Steve masculó:

—No quiero lastimarle, doctor. Sólo dígame dónde tienen a una mujer herida de bala. Creo que está custodiada.

El hombre se relajó.

—Segundo piso —murmuró—. Número doscientos siete... ¿Qué se propone usted?

—Sacarla de aquí. ¿Cómo está?

—Muy débil...

—¿A causa de la herida?

El hombre titubeó. Después dijo con los dientes apretados:

—No.

—Ajá. Hable, pronto.

—La tratan los médicos de la policía. Ninguno de nosotros se ha podido acercar a ella. Sólo permiten la entrada de una enfermera.

—¿Qué le han hecho?

—No lo sé..., ni quiero saberlo. Deshonrar la medicina es fácil, ¿no cree?

Steve le soltó. El hombre estaba terriblemente pálido.

—¿Por dónde puedo llegar al segundo piso sin ser visto?

El médico sacudió la cabeza.

—Hay cuatro guardias en el palillo. Dos ante la puerta y dos en el inicio de las escaleras principales. Nunca logrará pasar.

—Eso déjelo de mi cuenta.

Se miraron largamente. Al fin, el médico sonrió.

—No sé quién es usted —dijo—, pero si pretende salvar a esa pobre muchacha creo que podré ayudarle. Venga conmigo.

Abrió una de las puertas. El interior estaba abarrotado de estanterías metálicas llenas de medicamentos.

Después de una búsqueda breve, el médico tomó un pequeño frasco.

—Manéjelo con cuidado. Es un ácido peligroso. Peor que los gases lacrimógenos, ¿entiende? Irrespirable. Arrójelo al pasillo y esos hombres están muy ocupados para darse cuenta de lo que pasa.

Steve tomó el frasco y lo miró. El líquido que contenía era incoloro. Estaba tapado herméticamente.

—Gracias, doctor. Le diré a Luana que le debe a usted la vida.

—Suerte, muchacho. ¡Eh, un momento! Será mejor que me encierre usted aquí con llave, ¿sabe? Deje la llave puesta por fuera. Ya sabe..., a lo peor necesito una coartada.

—Es una buena idea.

—Suba las escaleras hasta el primer rellano. Allí verá otro tramo de escalones más estrechos. Por ellos no tropezará con nadie..., espero. Se estrecharon las manos. Después, el aventurero salió, cerró la puerta y echó a correr escaleras arriba.

El amplio pasillo del segundo piso estaba brillantemente iluminado. Leyó los números de las puertas y comprobó que el que buscaba debía hallarse después del recodo.

Fue hacia allí empuñando el frasco de ácido. Asomó un ojo y vio a los dos guardias recostados contra la pared, uno a cada lado de una puerta.

Steve contuvo el aliento y arrojó la botellita con fuerza para que se estrellara al otro lado de los dos policías.

Hubo un estallido de cristales y los dos dieron un respingo. Inmediatamente comenzaron a gritar, tosiendo y restregándose los ojos.

Steve esperó aún. A los gritos de los «vopos» aparecieron los otros dos, pero los vio detenerse en seco. Los primeros se desplomaban al suelo en aquel instante. Los otros intentaron retroceder, jadeando y tosiendo, cegados por el gas...

Cuando cayeron, Steve se precipitó al pasillo conteniendo la respiración. Sintió algo semejante a una quemadura en los ojos. Sin detenerse, recogió una de las metralletas del suelo y se precipitó hacia la habitación, cerrando la puerta de golpe.

Luana estaba inmóvil en un lecho blanco. Ladeó débilmente la cabeza y por un instante sus ojos se iluminaron.

—¡Steve...! —musitó.

—Hola, gatita. Vengo a devolverte un par de culatazos, ¿recuerdas? De un zarpazo arrancó las ropas de la cama. Ella llevaba un simple camisón del hospital y nada más.

La envolvió rápidamente en una sábana.

—Nos vamos, nena —gruñó—. No sé si saldremos vivos de ésta,

pero por lo menos lo intentaremos. ¿Qué te parece?

—Sí, Steve... Llévame contigo...

Su voz apenas se oía. El vendaje que rodeaba su hombro, inmovilizándole el brazo derecho, era impecablemente blanco.

Llevándola en brazos y sosteniendo la metralleta con la mano derecha, Steve abrió la puerta.

—No respire ahora, pequeña. Eso apesta.

Los guardias rebullían, todavía cegados. Se oían voces de las enfermeras. Steve echó a correr hacia la escalera de servicio, se lanzó por ella y la muchacha se quejó.

—¿Qué pasa, gatita?

—La herida..., duele...

—Lo siento, pero no podemos utilizar el ascensor, ¿sabes?

Llegó abajo sin tropiezos. Se detuvo un instante frente a la puerta del doctor y dio unos golpes con los nudillos.

—¡Adiós, doctor! —gritó.

—¿Todo bien?

—¡Excelente! —rió.

Salió al exterior. Se había desatado la alarma y en la fachada principal se oían gritos y carreras. El motor de un auto roncó.

De pronto, por la esquina, apareció un «vopo». Dio un grito al descubrirles y levantó la metralleta.

Sin dejar de correr, Steve tiró del gatillo. El arma se le encabritó en la mano, debajo del cuerpo de la muchacha. Vio al «vopo» retorcerse y caer, pero otros dos asomaron por el ángulo de la pared.

Dejó de disparar y se internó por entre los arbustos. Las metralletas comenzaron a rugir allá atrás.

—Eso está poniéndose caliente, nena. ¿Qué te parece?

—Vivir o morir... ¿Recuerdas?

—No importa mucho. Pero les daremos trabajo.

Saldrías ganando huyendo tú solo, Steve...

—¿Solo? ¡Infiernos!

Dobló un recodo del sendero y dio de manos a boca con una ambulancia.

—¡Ajá, gatita, mira lo que tenemos aquí! —gritó.

Abrió las puertas y dejó a la muchacha dentro.

—Acomódate, nena. Vamos a correr un poco.

Se encaramó a la cabina. Había las llaves en el contacto, como de costumbre en los hospitales. Encendió el motor, pero no las luces. Arrancó brutalmente en segunda. Oyó un grito de la muchacha tras él, pero siguió hundiendo el acelerador y cambió a tercera.

Un arma, en alguna parte, retumbó y el parabrisas saltó en pedazos. Manejando el volante con una mano, Steve levantó la metralleta. La ambulancia volaba por el ancho paseo de cemento hacia la salida del jardín.

De todas partes estaban saliendo guardias como en una pesadilla. Sus armas convertían la noche en una tempestad de fuego y plomo. Steve notó un feroz impacto en un costado. Apretó los dientes y maldijo en voz alta, disparando a su vez hasta agotar la carga del ametrallador.

Vio rodar a dos de sus atacantes. Uno apareció delante de la ambulancia, disparando. Hubo un tremendo impacto y un alarido. El hombre desapareció tragado por las ruedas y dejado atrás convertido en un guiñapo.

Al fin rodaban por las desiertas calles.

—¡Luana! —gritó.

—Estoy... bien...

—¿No te han herido?

—No... ¿Y a ti?

—Tampoco —mintió.

Sonaban sirenas por todo el distrito mientras la ambulancia volaba a una velocidad como no había llevado nunca con toda seguridad.

Detrás de Steve, el mamparo metálico se abrió y Luana pasó al asiento contiguo al suyo.

—La cabeza me da vueltas —murmuró—, pero quiero estar junto a ti. Steve, yo...

—Ya hablarás cuando estemos en un buen hotel, en el otro lado. ¡Condenación!

Un *jeep* acababa de aparecer por la próxima esquina. Era indudable que se disponía a bloquear el paso de la ambulancia.

Rechinando los dientes, Steve giró el volante y el vehículo se precipitó sobre el *jeep* como un toro enfurecido.

El policía que lo manejaba trató de dar marcha atrás. Casi lo consiguió.

El guardabarros delantero de la ambulancia lo embistió de costado

con un impacto estremecedor. El *jeep* saltó por los aires y los «vopos» volaron en todas direcciones.

—Tenemos que llegar —masculló Steve.

—¿Adónde? No creo que sepas siquiera adónde te diriges...

—Ya lo verás...

Sólo que se equivocó por una calle. En lugar de desembocar en aquélla donde estaba la casa del difunto Kroger, salió en la siguiente, que iba a desembocar directamente al pie de la torre de vigilancia.

Frenó brutalmente.

—¡Abajo, nena, y espérame junto a esa pared!

Ella no discutió. Se dejó caer fuera del vehículo, pero sus piernas le fallaron y rodó por la calzada.

Steve contuvo el aliento, maldiciendo a gritos. Embragó en segunda en el instante que allá arriba, en la torre, se encendía un reflector que le bañó de luz.

Hundió el acelerador hasta el fondo. La ambulancia cobró de nuevo todo su impulso hacia adelante.

La ametralladora crepitó en las alturas. Las balas arrancaron pedazos de metal de la carrocería mientras el vehículo corría más y más...

Steve abrió la portezuela, quitó la velocidad y se lanzó fuera de la cabina.

La ambulancia se precipitó a más de setenta kilómetros por hora contra las patas de madera que sostenían la torre.

Hubo un tremendo impacto y mil chasquidos mientras la gran torre se ladeaba perezosamente.

El blanco vehículo se llevó uno de los postes por delante, chocó contra otro, astillándolo, y se detuvo.

Steve, con un dolor insoportable en la herida, se arrastró hacia la pared más cercana. Cayó y se levantó dos o tres veces, mientras la torre se desplomaba con un estrépito increíble.

Luana estaba esperándole, acurrucada en la acera.

—¡Ven, apóyate en mí! —le gritó—. No tardarán ni dos minutos en estar aquí con toda su artillería...

Hubo de levantarla en vilo porque ella era incapaz de seguirle.

Notaba la desgarradura de la herida en el costado, pero no emitió ni una queja para no alarmar a la muchacha que estaba al borde del

desmayo.

—Ya llegamos, preciosa... Aguanta un poco más...

—Pero..., ésta es la casa de Kroger..., y él está muerto...

—Ya lo sé, pero su obra sigue tan viva como nosotros.

Muy cerca se oyó el aullido de una sirena y el furioso roncar de los motores.

—La jauría..., están buscándonos de cerca.

Empujó la puerta y se coló dentro. Jadeando, se detuvo allí, en la oscuridad, oyendo los coches, las carreras de los «vopos», los gritos, las órdenes y las maldiciones.

—Empezarán a registrarlo todo, pero ya no nos pillarán, nena.

La llevó al dormitorio. Por el camino explicó:

—Hay un túnel excavado bajo el muro. Deslízate por él y yo te seguiré. ¿Entiendes? No necesitas apresurarte una vez allá abajo porque estaremos seguros. Pero yo no podré ayudarte porque es tan estrecho que sólo pasa un cuerpo y aún tendido.

—Sí, Steve..., lo conseguiré.

El la descolgó suavemente por el agujero. Esperó hasta que ella se hubo introducido en el túnel y entonces se dejó caer abajo. Perdió unos minutos para devolver el bloque de baldosas a su lugar. Luego se tendió y siguió a la muchacha por aquella ratonera.

* * *

Al otro lado brillaban las estrellas y la libertad.

Pero también cierta excitación. Los soldados británicos estaban muy intrigados por la conmoción que se oía al otro lado del muro. Además, habían visto desplomarse la torre de vigilancia y eso era un espectáculo muy agradable para todos ellos.

Habían visto caer acibillados a fugitivos que trataban de huir desesperadamente, achicharrados por aquella maldita ametralladora.

Ahora, había enmudecido definitivamente.

Steve sostuvo a la muchacha al salir de la casa abandonada.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Como si hubiera resucitado... ¿Por qué lo hiciste, Steve?

—Porque, si mal no recuerdo, aún eres mi mujer.

—Pero... Pero después de lo que hice...

—Sé que Fields te ordenó hacerlo. Ahora acabo de devolverle la pelota. Se volverá loco para introducir a su precioso Max Kuppel en ese infierno..., si es que lo consigue alguna vez.

—¿Y nosotros?

—Tengo un tibio refugio en la Costa Azul, querida. Te gustará.

Echaron a andar buscando los lugares más sombríos. No obstante, un sargento británico casi tropezó con ellos.

Desorbitó los ojos al ver la indumentaria de la muchacha, cubierta de tierra.

—¿De dónde demonios salen ustedes?

—Del infierno precisamente.

—Oiga...

Steve le descargó un zurdazo bajo el mentón que lo mandó a dormir por un buen rato.

—Lo siento, pero no podemos detenernos a dar explicaciones. Mejor será que nos apresuremos. Tengo una habitación reservada, ¿sabes?

—Llévame a ella, Steve.

—Señor y señora Laflin —puntualizó él—. Fields lo empezó y no pienso enmendarle la plana en ese aspecto.

Nadie volvió a interceptarlos durante todo el camino por las calles desiertas.

Después de lo que dejaban atrás, la habitación reservada fue un paraíso. Un refugio de vida donde no tenían cabida las intrigas internacionales, ni la violencia ni la muerte.

Aunque al señor Arthur Fields tal vez no le hubiese gustado ver en qué había acabado su tan meditado plan.

De todos modos, al señor y señora Laflin eso maldito si les importó absolutamente aquella larga noche...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.
- Ray Brady.

- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.